BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

HOMBRES-L

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

HOMBRES-L

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

HOMBRES-L

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 175

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.883-1913

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España- Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

170. — La amenaza viene del pasado. *A. Thorkent.*

171. — La fábrica. *Marcus Sidereo*.

172. — Después del segundo diluvio. *Glenn Parrish.*

173. — Las montañas movedizas. *J. Chandley*.

174. — Mutación. *Curtis Garland.*

CAPÍTULO PRIMERO

Había encontrado un lugar muy adecuado para sus propósitos, que no eran otros que pasarse el día ganduleando debajo de los árboles, y allí estaba, tendido sobre el fresco césped, a la sombra, con las manos bajo la cabeza y el arrugado sombrero campero sobre los ojos, cuando, de pronto, oyó algo que le hizo maldecir entre dientes.

—Ni aquí puede estar uno tranquilo —rezongó Kenneth Cope, aunque, por el momento, sin abandonar su postura.

Entre Cope y el autor de los sonidos que tanto le desagradaban había un obstáculo natural en forma de espeso seto, que impedía la visión recíproca de uno y otro. Cope maldijo de los excursionistas que se iban a pasar el día al campo y no sabían desprenderse de sus radios o sus televisores portátiles.

Esperaría unos minutos, se dijo. Si el tipo aquel no cerraba o, por lo menos bajaba el volumen sonoro de su aparato, se largaría a otra parte. Cope no era un misántropo ni un solitario, pero había ocasiones en que le gustaba relajarse por completo: unos árboles, el verde césped, un arroyo murmurante en las inmediaciones y un día de sol radiante, era todo cuanto necesitaba en tales ocasiones.

Además de silencio, claro, pero estaba visto que el excursionista no pensaba desistir de escuchar lo que llegaba a su aparato a través de las ondas hertzianas.

De repente, Cope oyó algo que llamó especialmente su atención:

—Y ahora, señoras y señores, vamos a conectar en directo con el tribunal que preside el honorable juez Mark Latimer, en donde se está

juzgando a Guido Forli, acusado de prevaricación, soborno e intento de asesinato.

Al oír aquello, Cope se echó el sombrero un poco hacia atrás y se incorporó parcialmente sobre un codo.

Otro locutor dijo, tras un corto preámbulo:

—En estos momentos, el defensor de Forli interroga al teniente Cope, uno de los principales testigos de la acusación. Oigan, pues, el interrogatorio...

—Teniente, ¿está usted seguro de que el hombre a quien vio la noche que repetidas veces se ha mencionado en esta sala, era el acusado? —preguntó el defensor.

—Sí, señor —contestó el interpelado.

—Era de noche. La zona estaba muy poco iluminada. ¿Cómo puede afirmar una cosa así de modo tan rotundo, teniente?

—Lo reconocí instantáneamente, señor, es todo lo que puedo decirle.

—Veamos —dijo el abogado—. Si mis informes no fallan, usted estaba apostado en la esquina de la calle Dannemora. El acusado, suponiendo que fuera él quien hizo los disparos, se hallaba frente al número setenta y dos de la citada calle, distante de su puesto de observación nada menos que cien metros. He medido la distancia y el error posible es de un metro más o menos, lo que no influye para nada en mi pregunta. ¿Cómo puede asegurar que, a cien metros, en zona poco iluminada y de noche, distinguiera tan perfectamente las facciones del acusado?

—Lo siento, señor —dijo el interrogado—. Me es imposible contestar a esa pregunta.

—¡Maldición! Bill ya ha metido la pata —exclamó Cope en voz alta, sin poder contenerse.

Alguien gritó al otro lado del seto:

—¡Eh! ¿Quién hay ahí?

Cope se puso en pie y avanzó unos pasos. Llegó al seto y miró por encima. Entonces divisó a una hermosa muchacha, sucintamente ataviada, que estaba tendida encima de una toalla de vivos colores, con un televisor portátil al lado.

—Soy yo, señorita —dijo Cope—. No tenga miedo, no pretendo causarle el menor daño. Sólo que escuché lo que se decía en esa emisión y me sentí interesado…

Ella le miraba con los ojos y la boca abiertos, en una inequívoca expresión de asombro. De pronto, volvió la vista hacia la pantalla, en la que todavía seguían reflejándose las imágenes transmitidas por las cámaras de televisión.

—No… no es posible… —dijo la chica—. Usted no es… El está allí… ¿O son dos hermanos gemelos?

Cope emitió una sonrisa de circunstancias.

—Un momento, señorita —dijo—. Permítame escuchar el desarrollo del juicio. No… no pensé que llamasen a declarar tan pronto al teniente Cope.

—Son parecidísimos, como dos gotas de agua —dijo ella.

El defensor continuaba «apretando» al testigo:

—Necesito saber cómo, en las condiciones ya descritas, pudo usted identificar al acusado. Dígalo de una vez, teniente.

—Está bien. Llevaba unos… prismáticos.

El defensor se echó a reír.

—¿Unos prismáticos para seguir a un posible sospechoso, durante la noche?

—También llevaba zapatos, señor —contestó el testigo heladamente.

En la sala sonaron muchas risas. El juez acalló las protestas mediante una serie de enérgicos mazazos.

Luego dijo:

—El testigo se abstendrá de comentarios y sus respuestas se ceñirán adecuadamente a las preguntas del defensor. En todo caso, yo decidiré si tales preguntas son improcedentes y, si fuera así, le evitaría la necesidad de una respuesta. ¿Está claro, teniente?

—Sí, Señoría —contestó el testigo mansamente.

—Volvamos a la pregunta que le he formulado hace unos momentos —dijo el abogado—. Me refiero a los prismáticos que usted

dijo llevar la noche en que…

Un hombre se acercó de pronto al defensor y le interrumpió para decirle algo al oído. El abogado escuchó atentamente y luego, de súbito, con una cólera que no tenía nada de fingida, gritó:

—¡Señoría, rechazo de plano el testimonio del teniente Cope, porque estamos siendo objeto de una impostura! ¡«Eso» que se ve ahí no es un oficial de policía, sino un robot!

—Dios mío, ya se armó —exclamó Cope.

* * *

La chica se puso en pie de un salto. Maquinalmente, Cope observó que era de aventajada estatura y muy esbelta.

—De modo que un robot, ¿eh? —dijo ella.

Cope masculló una interjección a media voz.

—Ya no tengo otro remedio que admitirlo —contestó.

—Pero, ¿por qué? ¿Cómo se le ha ocurrido una idea tan tonta?

—Pues… yo tenía la citación para testificar mañana, pero nunca me supuse que podrían llamarme hoy, por eso me vine al campo, a descansar y respirar aire puro. Bill se quedó en casa y entonces, cuando avisaron del juzgado, pensó que él podía ocupar mi lugar:

—Pensó —repitió ella—. Los robots no piensan, teniente.

Cope frunció el ceño.

—En primer lugar, ¿quién es usted, señorita? —preguntó.

—Flora Thames, teniente.

—¿Familiar de Forli?

—¡Dios me libre! Perjudicada, en todo caso, por las nefastas actividades de ese caballero de industria. Pero me revienta que, pudiéndole meter en la cárcel por una buena temporada, haya de quedar absuelto, por lo que el defensor, en estos momentos, está calificando de testimonio ilegal.

Cope frunció el ceño, mientras miraba de nuevo hacia la pantalla. El juez golpeó la mesa con su mallete:

—Se suspende la sesión hasta mañana, advirtiendo de antemano que el testimonio de este robot queda anulado.

—El fiscal ha perdido el caso —dijo Flora.

—Y yo mi empleo —se lamentó él.

—¿Lo cree así?

—Me obligarán a presentar la dimisión.

—Pero hombre, ¿a quién se le ocurre…? Oiga, pero sobre todo, ¿por qué ha hecho que su robot se parezca tanto a usted?

Cope sonrió maliciosamente.

—¿Quiere una respuesta sincera, señorita Thames?

—Se lo agradeceré, teniente.

—Está bien. Soy un tipo naturalmente inclinado al ocio y a la molicie. Por eso, muchas veces, enviaba a Bill a realizar misiones que me competían a mí.

—Y usted se quedaba tan ricamente en casa.

—O respirando el aire puro en el campo, como ahora —sonrió nuevamente.

—El Estado le paga a usted un sueldo. Al obrar así, defraudaba a los contribuyentes —le reprochó Flora con severidad.

—Oiga, eso habría que discutirlo. A fin de cuentas, mi tarea era la de investigar y, ¿qué más daba que la hiciera yo o mi robot, si la realizábamos bien?

—Por lo que he oído, la investigación sobre Forli no ha sido precisamente un éxito —se burló ella.

—Bill vio a Forli en la forma en que ha descrito el defensor. Y yo no puedo engañarme sobre ello.

—Pero estaba a cien metros, por la noche y en zona poco iluminada. Y no creo que Bill llevase prismáticos. ¿Para qué los necesita un robot?

—Tiene usted razón. Un robot no necesita prismáticos, porque

sus circuitos visuales poseen uno secundario de aproximación de imágenes, como también otro circuito secundario de aumento de imágenes. El primero es para visión lejana y el segundo sustituye, en caso necesario, a la lupa o al microscopio.

—Oh, ya entiendo —dijo Flora—. De modo que, al espiar a Forli, su robot usó el circuito visual secundario de aproximación de imágenes.

—Exactamente, señorita.

—Pero usted hubiera declarado algo que no vio en persona…

—Lo vio Bill y eso me basta. ¡Un robot no miente jamás!

—Eso sí es cierto. Sin embargo, de haber declarado usted, lo habría hecho basándose en una observación ajena.

—Pero no por ello menos cierta —alegó Cope—. Sin embargo, hay dos cosas que se han confabulado contra mí en este caso. La primera es que Forli es más astuto de lo que yo pensaba e, indudablemente, tiene un buen servicio de información. Por eso su defensor se enteró de que el testigo era un robot.

—¿Y cuál es el otro motivo de su derrota?

—El propio Bill. ¡Es el robot más despistado que jamás me he echado a la cara!

CAPÍTULO II

Llamaron a la puerta. Cope, sentado en un cómodo butacón, estaba leyendo una revista. Sin quitar los ojos de las páginas impresas, dijo:

—Abre, Bill.

—Sí, señor —contestó el robot.

Cope siguió leyendo. Momentos después, oyó unas risitas burlonas en el vestíbulo de su departamento.

—Es la máquina, jefe.

—Hola, robot herrumbroso.

—¿Quieres un traguito de aceite?

—Basta, muchachos —sonó una voz en la que no se advertía el menor tono de broma—. Dejad a este trasto en paz y vamos a lo nuestro.

Cope se puso en pie. Tres hombres entraron en la sala. Uno de ellos era alto y fornido, de casi cincuenta años, y fumaba con ostentación un grueso habano. Su aire era deliberadamente insultante. Los otros dos no eran sino unos meros secuaces, aunque Cope los conocía tan bien como al primero.

—¿Qué tal, ex teniente? —saludó irónicamente el del cigarro, a la vez que le echaba el humo a la cara.

—Me encuentro muy bien, Forli —respondió Cope—. Dedicado a

mi ocupación favorita, que es la inactividad, como puede ver.

Forli volvió a reír.

—Una inactividad forzada —dijo—. ¿O me equivoco?

—No, acierta. Tuve que dimitir y usted conoce los motivos. Pero también sabe que las declaraciones de mi robot eran auténticas.

—Como las hizo una máquina, no fueron válidas. Pero no es de eso de lo que quiero hablarle, ex teniente.

—Muy bien, usted dirá —contestó Cope tranquilamente.

—Pronto tendrá una visita. No le digo quién ni qué le va a pedir. Sólo le diré una cosa: Conteste negativamente.

Cope arqueó las cejas.

—No entiendo —repuso.

—Ni lo necesita. A la persona que va a venir a visitarle y que le pedirá algo que sabrá en su momento, usted le responderá que no puede acceder a esa petición. ¿Entendido?

—Si me explicara los motivos…

Los ojos de Forli emitieron un chispazo de orgullo.

—Nunca doy razones, sólo órdenes —contestó.

En aquel momento, apareció Bill con una bandeja en las manos, sobre la que había cuatro copas.

—Con permiso, señores —dijo, respetuosamente.

Avanzó unos pasos. De pronto, su pie derecho se posó sobre el mismo de Forli.

Se oyó un feroz aullido. Forli empezó a saltar a la pata coja, a la vez que emitía una serie de atroces juramentos. Al bracear, golpeó la bandeja, cuyo contenido fue a parar íntegro a la cara de uno de sus secuaces.

El robot pareció sentirse desconcertado ante una situación no prevista en sus circuitos de memoria. De pronto, Forli lanzó un grito:

—¡Dale, Mack!

El otro sujeto se arrojó contra Cope. Este, a su vez, contraatacó

con una brutal patada, dirigida al bajo vientre, lanzándolo hacia atrás contra su compinche.

Forli cojeaba todavía. Cope se acercó a él y le arreó un feroz taconazo en el pie ileso.

Se oyó un grito de indescriptible angustia. Cope se dijo que merecía la pena tomarse un pequeño desquite, después del fracaso sufrido, cuando ya creía tener a Forli bien agarrado para unos cuantos años. Disparó el puño derecho y le machacó la nariz.

La bandeja estaba en el suelo y la abolló en las cabezas de los secuaces. Luego, a patadas, echó a todos del departamento.

—Largo, canallas…

Forli blandió el puño como despedida.

—Me las pagará —bramó—. Juro que me las pagará…

Pero como viese que el joven iba a arrojarse de nuevo hacia él, sintió miedo y emprendió una retirada tan veloz como poco honrosa.

Cope cerró la puerta. Luego miró al robot y se echó a reír.

—Bill, eres un solemne despistado —exclamó alegremente—. ¿Cómo le pisaste? —quiso saber.

—Pues…, no lo sé, señor; yo sólo quería mostrarme cortés con sus invitados…

—Ni ellos eran mis invitados, ni había necesidad de mostrarse cortés con unos forajidos —rezongó Cope—. De todas formas, no envidio a Forli; un pisotón de los tuyos, con un pie de acero y un peso de ciento treinta kilos, debe de resultar horrible.

—El señor ha tenido ocasión de juzgar con sus propios circuitos visuales…, perdón, con sus ojos —dijo el robot respetuosamente—. Y ahora, con su permiso, voy a poner la habitación en orden, para la visita que va a recibir.

—Es verdad —exclamó el joven pensativamente—. ¿Quién será?

Pero en todo el día, la visita anunciada por Forli no compareció, por lo que, al atardecer, Cope decidió salir a tomar el aire.

—No sé cuándo volveré —dijo—. Bill, ten cuidado con los visitantes —advirtió.

—El señor puede irse tranquilo —contestó la máquina con figura humana.

* * *

Cope conocía una taberna donde todavía se servían comidas al estilo antiguo. Era cara, pero, en ocasiones, merecía la pena aligerar un poco el bolsillo y satisfacer el paladar.

Cenó con buen apetito y satisfizo la cuenta, nada exigua. Cuando se disponía a salir, creyó ver un rostro conocido en la barra.

Se acercó al mostrador, acodándose de costado, y sonrió.

—Hola —dijo.

La chica se volvió y le dirigió una alegre sonrisa.

—¿Qué tal, teniente? —saludó.

—Olvide mi empleo —aconsejó él—. Llámeme Ken a secas.

—Es verdad, ya no me acordaba que tuvo que dimitir. ¿Lo siente?

Cope hizo un gesto ambiguo.

—No sé qué decirle —respondió—. De todas formas, me he librado de graves responsabilidades.

—Ahora se siente libre, con más tiempo para la vagancia —sonrió Flora.

—No se crea que me paso el día sin hacer nada. También trabajo, a veces.

—¿En qué? —preguntó ella, escéptica.

—En corregir los despistes de Bill. Hay un par de circuitos que no coordinan bien y, por más que lo intento, no logro dar con ellos.

—Es cierto, ya no me acordaba de que es usted dueño del robot más despistado del mundo. Quizá por eso mismo se confundió de fechas cuando le dijo que tendría que declarar en el caso Forli.

—Sí, es cierto —admitió Cope.

—Pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué tiene Bill una cara tan parecida a la suya?

Cope sonrió.

—A veces, me convenía un sustituto, recuérdelo —explicó sucintamente.

—Ya entiendo. Y él hacía el trabajo, mientras usted, tan ricamente, se iba al campo a holgar.

—Así nos conocimos, ¿verdad?

De pronto, Flora volvió la cabeza.

Cope se extrañó de la repentina actitud de la muchacha. Parecía como si no quisiera ser vista por alguien.

Tres individuos, lujosamente ataviados con túnicas tornasoladas, con enormes bordados, pasaron junto a la pareja. El trío se dirigió hacia una mesa, situada en el fondo del local. Cope observó que uno de los recién llegados era tratado con notoria deferencia por sus acompañantes.

—Son warndrunitas —dijo a media voz.

—Detesto a los warndrunitas, a Warndrun y a todo lo que representan —declaró ella con voz tremante de cólera.

—¿Por qué? —quiso saber Cope, intrigado.

Pero Flora no le contestó. Agarró el bolso y se apeó del taburete.

—Tengo que irme —dijo.

—La acompañaré hasta su casa —se ofreció él, galante.

—Muchas gracias, pero no es necesario. —Fuera, en la calle, Flora dulcificó el gesto—. Perdóneme, pero no he podido contenerme.

—No se preocupe —sonrió él—. Si puedo ayudarla en algo...

Flora le tendió la mano impulsivamente.

—Adiós, Ken —fue su respuesta.

Cope quedó en la puerta, rascándose la cabeza con aire lleno de perplejidad, mientras Flora montaba en su aeromóvil y partía a la máxima velocidad permitida. Luego, con paso calmoso, se dirigió hacia el suyo y emprendió el regreso.

Llegó a su casa minutos más tarde. Bill le acogió con la cortesía y el respeto de siempre.

—Tiene una visita en la sala y corre gravísimo peligro, señor —informó el robot—. La señorita Flora acaba de llamar y le pide que le acompañe urgentemente a Warndrun.

Cope se quedo con la boca abierta.

—¿Eso ha dicho la señorita Flora? —exclamó, recordando las frases que ella había pronunciado en su presencia aún no hacía media hora—. Bien, ya hablaremos del asunto más tarde —añadió—. Ahora, veamos quién es la persona que está en gravísimo peligro.

Entró en la sala y divisó a una mujer de unos cincuenta años, que conservaba todavía notables rasgos de una pasada hermosura. Cope se acercó a ella, tomó su mano, la besó galantemente y dijo:

—No tema, señora; aquí estoy yo para protegerla de todos sus enemigos y evitar los gravísimos riesgos en que se encuentra.

Ella le miró extrañada.

—Agradezco infinito sus palabras, señor Cope, pero por ahora, necesito ayuda y no protección. Y, que yo sepa, tampoco me encuentro en peligro —dijo.

—Señora...

—Soy Lyana, viuda de Roldus de Hoffar, último Gran Gobernador de Warndrun —se presentó la dama—. Estoy en la Tierra accidentalmente y he de volver a mi planeta, pero necesito cierta clase de ayuda, que sólo un hombre como usted puede prestarme. Por supuesto, pagaré bien sus servicios, señor Cope y, si decide acompañarme, le explicaré con más detalle en qué consiste esa ayuda.

El joven se quedó parado.

—Entonces, ¿no está en peligro?

—Que yo sepa, no —contestó Lyana.

De pronto, Cope lanzó una rotunda exclamación:

—¡Maldita sea! ¡El robot ha vuelto a equivocarse! ¡Es Flora la que se encuentra en gravísimo peligro!

CAPÍTULO III

Cope llegó ante la puerta del departamento que ocupaba la chica y escuchó atentamente.

No se percibía el menor sonido. Estuviera o no Flora en su casa, entraría sin llamar; ya habría tiempo luego para disculpas.

Sacó del bolsillo un soplete portátil, poco mayor que una pluma estilográfica, y quemó la madera en torno a la cerradura. Segundos más tarde, empujaba la puerta.

El departamento estaba vacío, con indudables señales de lucha. Saltaba a la vista que Flora había sido secuestrada, aunque ignoraba los motivos. Pero era evidente que ella se había defendido con desesperación, aunque finalmente, había sucumbido al ataque... ¿de quién?

—Condenado robot —mascculló, mientras buscaba una posible pista que le permitiera salvar a la chica.

Una vez más, el despistado Bill había metido la pata, trastocando los términos del mensaje que debía darle. Pero con reproche no hacía nada y, se dijo, examinando el departamento, tampoco, puesto que disponía de medios que le permitirían seguir infaliblemente el rastro de la chica.

Sin perder ya más tiempo, se dirigió al cuarto de baño y hurgó entre los diferentes objetos que había allí: el jabón de tocador, el cepillo del pelo y una toalla, usada recientemente, a juzgar por las señales de humedad que se advertían en ella. Minutos más tarde, diversas muestras se hallaban en un compartimento especial de la caja

que Cope había llevado consigo.

Inmediatamente, bajó a la calle y entró en su aeromóvil. La caja quedó suspendida de unos ganchos adecuados, junto al tablero de mandos del vehículo. Cope empalmó un par de cables que salían de la caja a sendas conexiones en el tablero y tocó varias palanquitas.

Una pantalla se iluminó en el acto y, en su centro, entre dos rayas paralelas y dos verticales que se cruzaban transversalmente, apareció un puntito rojo, de intensidad débil y oscilante.

Cope se elevó en el acto. El punto luminoso se desvió ligeramente de la intersección de las paralelas que formaban la cruz. Corrigió el rumbo y la señal volvió a su puesto.

Lanzó el aeromóvil hacia adelante. Cada vez que el punto luminoso se separaba de su primitiva posición, Cope corregía el rumbo del aparato.

De haber sabido con exactitud el punto de destino, habría conectado el piloto automático al rastreador, liberándose así de la vigilancia que debía mantener constantemente sobre los mandos del aparato. Pero, puesto que desconocía el lugar adonde había sido llevada la muchacha, debía pilotar el aeromóvil personalmente.

Una cosa le consolaba, en medio de todo: el punto luminoso continuaba en la pantalla. Seguiría brillando mientras Flora estuviese con vida.

Hora y media más tarde, la luminosidad de la señal se acentuó extraordinariamente. Hasta entonces, su tamaño había sido solamente de un par de milímetros. De pronto, aumentó hasta alcanzar un centímetro de diámetro.

Cope consultó las cifras de una pequeña computadora acoplada al rastreador. El número 180 apareció en el acto ante sus ojos.

Estaba a menos de doscientos metros del lugar donde se hallaba la chica.

* * *

Era de noche cerrada y Cope, con buen criterio, juzgó que tal vez los secuestradores disponían de detectores de proximidad. Conectó

los sistemas antidetección e inmovilizó el aparato a unos cincuenta o sesenta metros del suelo.

Luego puso en funcionamiento los visores de infrarrojos. El terreno apareció a su vista casi como si fuese de día.

Delante de él vio lo que parecía una quinta de recreo, rodeada de una alta tapia, que no se podía franquear por medios normales. El edificio estaba circundado por un frondoso jardín, con piscina. Había sitio suficiente para aterrizar, pero Cope no quería arriesgar el aeromóvil. Había armas que podían destruirlo o, por lo menos, inutilizarlo, con lo que su retirada quedaría así cortada.

Las luces del edificio estaban apagadas. O quizá, se dijo, las ventanas estaban cerradas herméticamente. También podía ocurrir que se empleasen cristales polarizados, que permitían ver desde el interior, sin que desde afuera se pudiera ver lo que pasaba en la casa.

La señal del localizador era persistente. Ya no había dudas: Flora estaba allí.

Cope hizo descender al aparato verticalmente. Tomó tierra y, antes de salir, se colocó un propulsor individual. Pendiente del cinturón llevaba una pistola de tipo antiguo, con carga de pólvora y balas metálicas. No quería correr riesgos y, por otra parte, detestaba las armas desintegradoras por inhumanas. Un tiro con una pistola antigua solía ser eficaz y no necesariamente mortal, cosa que ocurría con las pistolas desintegrantes: el más leve roce del proyectil, bastaba para convertir a un hombre en humo.

Por medio del propulsor, saltó la tapia. Momentos más tarde, comprobaba una de sus suposiciones: los cristales de las ventanas eran polarizados. En aquellos momentos, estaban en situación de total opacidad.

Cope empleó a continuación un minúsculo fonocaptor, que le permitió escuchar la lánguida conversación de dos individuos. Se trasladó a otra ventana y supo que la habitación a que correspondía estaba desierta en aquellos momentos.

Con el soplete, fundió el vidrio, trazando un ancho círculo, que le permitió pasar sin obstáculos al interior de la casa. El cuarto estaba a oscuras y avanzó paso a paso, tanteando con la mano izquierda. La derecha estaba ocupada en sostener la pistola.

Lentamente, abrió la puerta. Miró a través de una rendija y vio a la chica sentada en un sillón, con la boca tapada por una cinta

adhesiva y atada de pies y manos

En aquellos momentos, estaba siendo vigilada solamente por un hombre. El otro, dedujo Cope, debía de haber ido a alguna parte de la casa.

Era preciso aprovechar la ocasión. Terminó de abrir y dio un par de pasos en la sala.

El secuestrador presintió la presencia de alguien en el cuarto y levantó la cabeza. Un segundo después, levantaba también las manos.

—Así está muy bien —sonrió Cope—. Ahora, con todo cuidadito y, sin hacer el menor ruido, va a soltar a la chica. Y tenga en cuenta una cosa: al menor movimiento, le vuelo los sesos de un balazo.

El esbirro, amedrentado, tragó saliva. Había reconocido el arma: era una Sub-Vickers, con proyectiles de quince milímetros y dispositivo anulador de retroceso. Con aquel chisme, no cabían bromas.

En silencio, se levantó y se acercó a la chica. Mientras la desataba, Cope y Flora cambiaron una mirada. El la dedicó un guiño afectuoso. Flora correspondió con un gesto análogo.

Instantes después, Flora quedaba libre. Cope se acercó al secuestrador y lo derribó de un golpe propinado con el cañón de la pistola.

—Vámonos —dijo.

Ella asintió. En aquel instante, se abrió la otra puerta y un individuo apareció en el umbral.

Cope hizo fuego sin vacilar. El hombre se desplomó, aullando como un poseído, con el brazo derecho destrozado por el proyectil.

—Hay más hombres en la casa —exclamó Flora.

Cope la agarró por una mano y tiró de ella. Pasaron a la otra habitación y saltaron al jardín.

Dentro de la casa se oían gritos de alarma. Todas las luces fueron encendidas.

Un par de hombres se precipitaron al jardín.

—¡Por allí van! —gritó uno.

Cope hizo fuego un par de veces más. Podía haber puesto silenciador a su pistola, pero prefería el ruido de los disparos; dado el calibre del arma, parecían cañonazos.

—El proyector de goma líquida —chilló otro de los forajidos.

—Esto se pone feo —dijo Cope, al ver que uno de los individuos penetraba corriendo en la casa.

Si llegaba a tiempo con el aparato nombrado, los capturarían sin remedio. El proyector de goma líquida era parecido a un extintor corriente, pero lanzaba un líquido que se convertía en goma adhesiva a los pocos segundos, cubriendo casi por completo a la persona contra la que se utilizaba con una especie de red elástica, que anulaba sus movimientos de una forma casi total.

Sólo cabía una solución: arriesgada, pero la única posible en aquellos críticos momentos. Cope agarró a la chica por la cintura con un brazo. La mano libre accionó el mando del propulsor individual y ambos se elevaron en el aire, aunque con cierta lentitud, debido al exceso de carga.

Pero consiguieron franquear la tapia. No obstante, el propulsor cedió y Cope se vio obligado a tomar tierra, a fin de evitar una caída que hubiera podido causarles graves daños.

—¡A correr, Flora! —dijo, apenas puso los pies en el suelo.

Ella le siguió, casi a rastras. Segundos después, entraban en el aeromóvil, que se elevó casi inmediatamente.

Al sentirse en seguridad, Flora se derrumbó sobre uno de los asientos.

—¿Estoy soñando? —dijo—. Esto parece increíble…

—Ojalá fuera un sueño. Así estaría yo durmiendo tranquilamente en mi casita —contestó Cope de buen humor, enormemente satisfecho por el éxito del rescate, aunque, al mismo tiempo, intrigado, ya que desconocía los motivos del secuestro.

* * *

—No entiendo cómo ha conseguido encontrarme —dijo Flora, después de unos momentos de pausa.

—Oh, he empleado el rastreador orgánico. No ha tenido ningún mérito, créame.

—¿Rastreador orgánico? —exclamó ella, asombrada—. Nunca he oído hablar de un aparato semejante.

—Bueno, usted es una persona viva, un ser… un animal consciente, con perdón. Su organismo deja deshechos continuamente y no sólo los procedentes de la digestión, sino otros, como el sudor, que tiene una fórmula individual netamente definida.

—Ah, algo así como las huellas dactilares.

—Más o menos —concedió él con una sonrisa—. Fui a su casa y, al observar su ausencia, entré en el baño. Encontré cabellos en el cepillo para el pelo, y también rastros de tejido epitelial en el jabón de tocador y en la toalla que había usado para secarse las manos. Con esas muestras, tuve más que suficiente para poner en funcionamiento el rastreador orgánico.

—Pero, ¿y si hubieran sido de otra persona?

—Habría encontrado a esa otra persona.

—No acabo de entenderlo… Rastros de tejido epitelial…

—Células que se desprenden de la epidermis en todo momento y más al lavar cualquier miembro del cuerpo, las manos en este caso. Eso ocurre constantemente, aun en la persona más limpia; claro es que las células muertas son sustituidas inmediatamente por otras vivas. Y no me negará que cada vez que se cepilla el pelo, no se quedan algunos cabellos enredados en las púas del cepillo.

—Eso es cierto —admitió Flora—. Pero debe de ser un aparato maravilloso…

—Lo es —confirmó Cope jovialmente.

—Entonces, Bill le dio mí mensaje.

—No me hable de Bill. Sigue tan despistado como de costumbre. Dijo que usted quería ir a Warndrun y que una señora que había ido a visitarme a mi casa estaba en un gravísimo peligro. Naturalmente, perdí tiempo hablando con mi visitante, la señora De Hoffar.

—¿Lyana de Hoffar?

—Sí.

—¡Mi madre!

—¿Eso es una exclamación de asombro?

—No, ella es mi madre… bueno, madrastra, a decir verdad. Pero ni siquiera sabía que estuviera en la Tierra. ¿A qué ha venido?

Cope disimuló el asombro que le producían las declaraciones de la muchacha.

—Bueno, por lo poco que me dijo, ha venido, simplemente, para que la acompañe de vuelta a Warndrun —contestó.

—¡Warndrun! —exclamó Flora—. Pero, ¿es que no sabe usted que odio a ese planeta y a todos sus habitantes?

Cope frunció el ceño.

—En una chica tan bonita como usted, esas palabras suenan a blasfemia —dijo severamente.

—Me da igual lo que píense usted de mí —contestó ella, con gesto altanero.

—¿Ah, sí? En ese caso, la devolveré a sus secuestradores; creo que se encontrará mejor con aquellos forajidos que a mi lado.

Flora suavizó algo su actitud.

—Perdóneme, Ken —rogó—. Estoy un poco nerviosa…, pero es que cada vez que oigo la palabra Warndrun me pongo frenética. No lo puedo evitar.

—¿Por qué? ¿Qué le han hecho a usted los warndrunitas?

—Asesinaron al hombre con quien me iba a casar, justo la víspera de la boda —respondió la chica sorprendentemente.

CAPÍTULO IV

—Tendrá que quedarse en casa —decidió Cope—. Después de lo ocurrido, no puede volver a la suya. Al menos, hasta tener razonables garantías de seguridad.

—Siento causarle tantas molestias...

—Lo hago con mucho gusto —sonrió él—. Flora, comprendo su resentimiento hacia los warndrunitas, pero no todos son malos, creo.

Ella hizo una mueca de desdén.

—Prefiero no comentar más el asunto —respondió.

—Como quiera.

El aeromóvil se posó en la terraza del edificio. Cope y Flora descendieron juntos hasta la planta en que se hallaba el departamento del joven. Cope abrió la puerta y dejó que ella pasara en primer lugar.

—¡Bill! —llamó Cope.

El robot apareció a los pocos momentos.

—Buenas noches, señor. Buenas noches, señorita —saludó cortésmente—. Señor, ya he preparado su equipaje para el próximo viaje a Warndrun, en unión de la señorita Tarames.

—Thames —corrigió Flora.

—Perdón, Torames —dijo Bill.

Cope frunció el ceño. Antes de que pudiera decir nada, Bill añadió:

—La señora de Huftar se ha marchado. Dijo que volverá el siglo próximo, señor.

—El siglo próximo. ¡Pero si faltan lo menos cincuenta y tantos años! —se escandalizó Flora—. Y es Hoffar, no Huftar.

Cope no dijo nada durante unos segundos. Reflexionaba atentamente.

De pronto, ordenó:

—Robot, tu número de serie.

—Sí, señor, B.E.L.L. 84.44.11.

—Date la vuelta, Bill.

—Sí, señor.

El robot giró en redondo. Cope se le acercó por detrás, levantó la chaquetilla corta que cubría su espalda artificial y apretó en determinado punto con todas sus fuerzas.

—Ya está —dijo.

—¿Qué le ha hecho? —inquirió Flora, muy intrigada.

—Simplemente, lo he desconectado.

—¿Por qué?

—Bill fue siempre un poco despistado, pero no tanto que no supiera de memoria su cifra de matrícula, que es B.I.L.L. 85.55.11.

—¿Y...?

—Simplemente, alguien ha manipulado en él, para falsear las indicaciones de sus circuitos y proporcionar, así, respuestas deliberadamente equivocadas.

—¡Oh! —dijo Flora, con los ojos muy abiertos.

Cope masculló algo entre dientes. Luego, dijo:

—Me gustaría saber quién ha hecho una cochinada semejante.

—¿Y los motivos? —exclamó ella.

—Bill es un magnífico auxiliar mío. Hay alguien a quien no le conviene el buen funcionamiento de Bill eso es todo.

—¿Quién es, Ken?

—Ah, si yo lo supiera... —se lamentó él.

Pero, sin tener una certeza absoluta, pensaba en Guido Forli. Lo que de ningún modo se le alcanzaban eran los motivos por los cuales había manipulado aquel sujeto en los circuitos del robot.

Pero teniendo en cuenta que Forli era de la clase de sujetos que

no hacen nunca nada por nada y que el móvil principal de sus acciones era casi siempre el dinero, podía aventurarse una opinión sobre él, con un razonable margen de seguridad.

Y, ya no le cabía duda, Flora y su madrastra también tenían que ver algo con aquel asunto.

—Está bien —dijo al cabo—, voy a ver si preparo un par de litros de café. Vaya nochecita que me espera,

—¿Es que se la va a pasar en vela? —se sorprendió la chica.

Cope señaló al ahora inmóvil robot:

—Revisando todos sus circuitos, uno por uno —contestó.

* * *

Flora se levantó por la mañana, fue al baño, se duchó y luego se vistió, con un retoque somero de su pelo y cara. Después fue a la cocina y preparó el desayuno.

Cuando llegó a la sala, Cope estaba tumbado sobre el diván, profundamente dormido. El robot continuaba en la misma postura, con la espalda mecánica al aire, dejando al descubierto buena parte de sus circuitos.

Sobre la mesa, Flora divisó algunas piezas y herramientas y dos gruesos libracos que, sin duda, había consultado el joven mientras trabajaba: INTERCIRCUITOS ROBOTICOS y TRATADO DE ROBOTICA. Pero la reparación no había terminado, lo que significaba que Cope no había dado aún con la avería.

Era evidente que Cope se había tendido hacía muy poco, así que Flora no quiso despertarle. Al terminar, llevó los cacharros a la cocina y volvió a la sala.

Junto a los libros, había un cuaderno, en el que Cope había ido anotando puntualmente las operaciones realizadas. Era algo preciso, cuando se trataba de desmontar, aunque sólo fuese parcialmente, el complicado mecanismo interno de un robot, a fin de evitar más tarde confusiones perniciosas.

Flora empezó a trabajar de inmediato. Tres horas más tarde, Cope despertó y vio a la muchacha manipulando con un

microdestornillador.

—Eh, ¿qué está haciendo? —exclamó, a la vez que se sentaba en el diván.

—Buscar la pista de la avería —contestó ella, sin volver siquiera la cabeza.

Cope respingó.

—Pero, ¿es que entiende usted de robots? —se asombró.

—Un poco —sonrió ella—. Y tengo la sensación de que no hay tal avería, al menos, en sentido estrictamente mecánico.

—¿Cómo?

—Ande, vaya primero al baño y aséese. Cuando haya terminado, le tendré preparado un buen desayuno, cosa que me parece está necesitando con cierta urgencia.

—Quizá tenga razón —admitió Cope con la sonrisa en los labios. De pronto se puso serio—: Conque la avería no es estrictamente mecánica, ¿eh? —rezongó.

—Eso creo —insistió Flora.

Se quitó los lentes de gran aumento que, a modo de lupa binocular, utilizaba en su labor y volvió a sonreír.

—El que ha hecho esto es infernalmente listo —dijo.

Cope asintió y se encaminó hacia el cuarto de baño. Flora se dirigió hacia la cocina.

Un cuarto de hora más tarde, Cope se sentaba ante una bandeja bien provista. Dada la hora, ya no podía hablar de desayuno, sino de almuerzo.

Al terminar, se enfrentó con la muchacha.

—¿Y bien? ¿Cuál es su opinión sobre el caso Bill? —preguntó.

—Pues…

Flora no pudo seguir adelante. El timbre de la puerta acababa de sonar.

—Perdón —murmuró él—. Voy a ver quién es el inoportuno.

—Quizá sea mi madre —sugirió la chica.

* * *

Cope abrió y se encontró ante tres individuos, uno de los cuales vestía el azul uniforme de la policía, con insignias de capitán. Los otros dos, gruesos, fornidos, de rostro impasible, eran simples guardias.

—¿Kenneth Cope? —dijo el capitán.

—Sí, yo mismo.

—Lamento lo que voy a decirle, señor, pero tengo orden de conducirle al C.L.M. número 22.

Cope abrió la boca.

—¿Cómo?. —exclamó, sin poder contenerse.

Detrás de él, Flora lanzó un gemido, pero el joven, atónito por la noticia que acababa de recibir, no lo percibió.

—Repito que lo siento, señor Cope —dijo el capitán Marlin—, pero la orden judicial que tengo es harto explícita al respecto.

—Oiga, capitán...

—Marlin, señor —dijo el policía con acento educado.

—Pues bien, capitán Marlin, hablando sinceramente, le diré que no acabo de comprender por qué el juez... el que sea, ha dado una orden semejante. ¿Sabe usted algo sobre el particular?

—Su Señoría me ha puesto en antecedentes sobre su caso, señor Cope —respondió Marlin—. No hay duda de que es usted un *Lab-man.*

—¡Absurdo! —barbotó Cope—. Soy un hombre que desciende legítimamente de un matrimonio legítimo... He nacido de la unión legal de un hombre y una mujer y no en la probeta de un laboratorio.

—Perdón, señor. ¿Es usted hijo de Wayne Washington Curtius Cope y de su esposa Clara, de soltera Mallinson?

—Sí, desde luego; y ellos viven todavía y le podrán confirmar...

—En la declaración que prestaron ante su Señoría, el juez del Octogésimo Noveno Distrito, declaración jurada, por supuesto, afirmaron que usted nació en el Decimoctavo Laboratorio de Producción de Personas, el día seis de marzo de dos mil veintiocho. El señor y la señora Cope se hicieron cargo de usted dos semanas más tarde, cuando todos los exámenes garantizaban un perfecto desarrollo corporal y mental, salvo accidentes físicos inevitables y eventuales. Sus huellas dactilares, palmares y plantares, así como la fórmula orgánica, están debidamente registradas en los archivos del 18° Laboratorio. No hay duda, por tanto, que es usted un *Lab-man*, señor Cope.

—Eso es increíble —dijo el joven—. Pero, ¿cómo han podido declarar mis padres una cosa semejante?

Marlin se encogió de hombros.

—Lo siento, señor —respondió—. Yo me atengo á las órdenes que me ha dado su Señoría. No hago las leyes, simplemente, procuro que se cumplan. Y no es culpa mía si hace cinco años se decretó que todos los *Lab-men* fuesen internados en campos especialmente acondicionados para todos los seres humanos nacidos en la probeta de un laboratorio.

Cope se pasó una mano por la frente. Sentíase mareado, como atacado por una especie de vértigo, que hacía girar todas las cosas a su alrededor.

Se le hacía incomprensible que unos padres, en los que siempre había confiado y a los que tanto debía, hiciesen una declaración que tanto podía perjudicarle. El señor y la señora Cope debían de haber callado su origen artificial, con lo que ahora se vería libre de su internamiento en un lugar del que ya no saldría sino para ir al cementerio.

Lo peor de todo era que el capitán hablaba absolutamente en serio. No cabía dudar de sus palabras ni de los motivos que le habían traído a la casa.

Haciendo un esfuerzo, Cope volvió a hablar

—Capitán, deseo hacer una llamada videofónica —dijo.

—No hay inconveniente, aunque es mi deber advertirle que ningún abogado podrá intervenir en su favor —respondió Marlin.

—No pensaba hablar con ningún abogado —murmuró Cope,

anonadado.

Flora permanecía silenciosa y le dirigió una mirada de simpatía, mientras él manipulaba en el teclado del videófono. A los pocos minutos, apareció en la pantalla el rostro agradable de una mujer de mediana edad.

—Hola, Ken —dijo la señora Cope.

—Mamá…, ¿estuviste ayer en un juzgado?

—Sí. Lo siento, hijito; pero nos citaron a declarar y… No nos quedó otro remedio que decir la verdad.

—Ahora, cuando voy a cumplir los treinta y dos años. Siempre decíais que erais francos y sinceros conmigo, pero me ocultasteis el hecho de que he nacido en un laboratorio. ¿Te das cuenta de lo que esto significa, mamá?

La señora Cope guardó silencio. Flora veía su rostro de refilón y merced a los colores naturales de la pantalla, captó su palidez, así como la tensión anímica que se reflejaba en su rostro.

Cope no quiso seguir hablando más.

—Adiós, señora Cope —se despidió.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el policía:

—Estoy a su disposición, capitán —dijo.

—Puede llevar su equipaje personal —manifestó Marlin—. Prácticamente, no hay limitación alguna en los objetos que puede llevar consigo.

Cope se encogió de hombros.

—El Estado tiene la obligación de proporcionarme ropa y alimentos —dijo secamente.

Flora puso una mano en su brazo y le miró con ojos húmedos de lágrimas.

—Iré a verle, Ken —dijo—. A mí no me importa que sea usted un *Lab-man.*

Cope no contestó, limitándose a un leve gesto de asentimiento. Luego se volvió hacia los policías.

—Cuando quiera, capitán —dijo.

CAPÍTULO V

Estaba tendido al pie de un árbol, con la cabeza sobre las manos y los ojos cerrados, cuando oyó rumor de pasos que se le acercaban.

—Hola —dijo el hombre—. Nuevo aquí, ¿eh?

Cope abrió un ojo. El individuo que se había acuclillado a su lado era robusto, de hombros anchísimos y brazos como troncos de olivo. Aparentaba unos cuarenta años y el pelo le clareaba ya en lo alto de la cabeza, aunque procuraba disimularlo, con un mechón de pelo tirado hacia la frente.

El rostro de aquel sujeto tenía unas cuantas cicatrices, lo que indicaba una vida aventurera que, además, le había conferido una expresión entre cínica y escéptica.

—Me llamo Ramón Villar —dijo.

—Ken Cope —contestó el joven, sin variar de postura.

—¿Tienes cigarrillos?

—Lo siento, no he fumado nunca.

—Más lo siento yo —suspiró Villar—. Ni tabaco, ni vino, ni mujeres. Aquí le quitan a uno el principal aliciente de la existencia.

Cope se incorporó sobre un codo. Sería interesante, se dijo, hablar con algún veterano y Villar parecía serlo en el Campo de *Labmen* n.° 22.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó.

—Oh, casi un año —respondió el otro con amplia sonrisa.

—¿Qué opinas de todo esto, Ramón?

—Racismo. Racismo puro, Ken.

—¿Cómo? —respingó el joven.

Villar soltó una risita.

—He oído hablar de ti —dijo—. Oh, aquí tenemos noticias del mundo exterior. Tu nombre sonó algo durante el proceso contra Forli. Pero me parece que, en cambio, tú no tenías la menor idea de lo que era esto.

—No, no tenía ni idea —admitió Cope—. Pero eso de racismo...

Villar arrancó un tallo seco de hierba y empezó a mordisquearlo.

—El otro racismo, el de la piel, si no ha desaparecido del todo, puede decirse que no existe prácticamente. Pero el hombre es animal de costumbres, malas casi siempre, y si no puede subyugar a un negro o a un amarillo o éstos a un blanco, tiene que subyugar a alguien. Por eso se crearon los campos para los seres nacidos en un laboratorio.

—Siempre creí que un *Lab-man* tenía todos los derechos humanos...

—Eres un ingenuo —rió Villar—. La Ley número 12, de tres *de enero de dos mil ciento cuarenta y uno, lo dice bien claro: todos los Lab-men* deben ser internados en campos especiales, de los que no podrán salir jamás. Cualquiera que intente violar esta prohibición, incurrirá en pena de destrucción corporal, que es como se llama ahora a la pena de muerte.

—Eso sí lo sabía, aunque nunca me preocupé del asunto, ya que no era un tema que me atrajese —dijo Cope.

—Como puedes ver, los campos de internamiento, todo lo cómodos que tú quieras, teniendo gratis cuanto necesites, son, simplemente, unas cárceles al aire libre, de donde sólo se sale para ir al cementerio. Pero con una absoluta separación de sexos. Los números pares son para los hombres y los impares para las mujeres.

—¿Por qué esa separación de sexos, Ramón?

—Ahí es donde entra el racismo —contestó Villar—. En un principio, la opinión pública saludó alborozada la, llamémosla así,

llegada de los primeros «niños de probeta», como se decía entonces. Ya no era necesario recurrir al anticuado método de la unión entre un hombre y una mujer para tener un hijo: bastaba encargarlos al laboratorio, especificando las cualidades que se deseaban para el futuro vástago. Pero esto, que se estimó como un gran avance de la ciencia hace unos cien años, se consideró luego, no como un atraso, sino como un peligro.

—¿Peligro?

—Sí. Aparte de las consideraciones morales de muchos puritanos, en los que no se puede negar un innegable fondo de razón, hay otras de orden mucho más práctico. Y no digamos de la envidia, que es otro de los factores principales que han intervenido en este triste caso.

—Explícate, por favor, Ramón —pidió el joven.

—Es bien sencillo: los descendientes de hombres y mujeres artificiales, descendientes conseguidos por procedimientos enteramente naturales, han demostrado un promedio de inteligencia superior a un veinte por ciento a lo normal. Si es un *Lab-man* el que se casa con una mujer «natural» o viceversa, la inteligencia de los hijos que tengan, salvo excepciones lógicas, pero también mínimas, será un diez por ciento superior a la de un hijo fruto de un matrimonio corriente. Son hechos científicos y estadísticamente demostrados, de modo que no hay fantasía alguna en mis palabras, Ken.

—Creo que comprendo. Sigue,, sigue...

—Y de ahí viene todo —dijo Villar—. Los «naturales» temieron que los *Lab-men* les superasen en todos los terrenos y que, constituyendo una raza de seres superiores, consiguieran el dominio de la Tierra. Por eso y para prevenir un peligro que, posiblemente, sólo estaba en su imaginación, crearon los campos de internamiento para nosotros. Separados de las mujeres y con la rigurosa prohibición de abandonar el encierro, desapareceremos por extinción física. No se atreven a matarnos, ya que somos centenares de miles y temen la reacción de la opinión pública, pero de este modo nos eliminan con tanta seguridad como si nos pegasen un tiro en la nuca.

Villar hizo una corta pausa.

—Muchos hombres y mujeres, nacidos artificialmente, se han escondido, han cambiado de nombre y de apellidos y de residencia, pero la Policía investiga constantemente y, a decir verdad, las denuncias afluyen sin cesar. No, no hay remedio para nosotros —

suspiró el individuo—. Somos una raza condenada a la extinción.

—A quien debieran matar fue al que autorizó las pruebas en laboratorio —dijo Cope, furioso.

—Sí, pero eso no resolvería nuestro problema. Aquí te mantienen, te dan ropa, distracciones... pero morirás y no tendrás hijos. Dentro de cincuenta o sesenta años, este problema habrá dejado de serlo.

Cope frunció el ceño.

—Ramón, ¿hay alguna posibilidad de escapar? —preguntó.

Villar se echó a reír.

—Todo el que viene aquí, piensa lo mismo —dijo—. Y yo también, cuando me enteré de la desagradable noticia de que era un *Lab-man.* Pero, sencillamente, es imposible.

Hubo una corta pausa de silencio.

Los ojos de Cope recorrieron el panorama circundante: frescas colinas, cubiertas de verdor, murmurantes arroyuelos, árboles en abundancia, una atmósfera pura y limpia, cómodos alojamientos... y una doble valla metálica, sostenida por recios postes de hierro, de quince metros de altura.

Además, había constantemente en vuelo un par de helicópteros de vigilancia. Por la noche, se electrificaba la valla.

El campo de internamiento tenía una longitud de unos doce kilómetros por seis de anchura, en total, unos sesenta kilómetros cuadrados, para alrededor de doce o trece mil *Lab-men,* condenados a vivir y a morir en aquel reducido espacio de terreno.

Cope se sintió repentinamente desanimado.

Andaba por los treinta y dos años. El actual promedio de vida humana era de unos ciento cuarenta.

Por tanto, le quedaba más de un siglo de estar encerrado en aquel lugar.

Pero, de súbito, reaccionó y dijo:

—Yo me escaparé de aquí, Ramón. Natural o artificial, soy un ser humano y, como tal, nacido libre. Por tanto, tengo el derecho de morir libre, ya que no he cometido delito alguno.

* * *

Estaba en pie, contemplando la alta valla de metal, con las manos a la espalda, cuando, de pronto, oyó un ligero silbido.

Algo cayó en el suelo a corta distancia. Cope volvió la cabeza.

Era un cilindro de metal con aletas estabilizadoras, clavado de punta en el suelo. Intrigado, recogió el artefacto, que medía unos treinta centímetros de largo, por dos de diámetro, y lo examinó con toda atención.

Había un letrero pintado a lo largo de toda la estructura del proyectil:

«Desenrósquese el segmento de las aletas.»

Cope sintió una vivísima emoción. Aquel proyectil no había caído allí por mera casualidad. Alguien lo había lanzado como una flecha. Pero, ¿quién?

Con dedos temblorosos, hizo girar el trozo de las aletas. Un tubo hueco quedó al descubierto.

Dentro del tubo había un rollito de papel. Cope lo sacó, extendiéndolo inmediatamente.

Era un mensaje y decía:

«Pasado mañana a las 00.30 horas, en el mismo sitio.»

Cope miró a su alrededor.

Nadie le había visto. Estaba solo en aquellos momentos.

A trescientos metros, había un grupo de hombres que charlaban indolentemente. Delante de él, pero al otro lado de la valla, se divisaba una loma baja, cubierta de vegetación.

Era indudable que el portamensajes había sido lanzado desde aquel punto. La letra era inequívocamente femenina.

¿Flora?

La esperanza renació en su pecho. Sonriendo interiormente, Cope se tendió en el suelo.

Poco a poco, con disimulo, escarbó con las manos y escondió el portamensajes en el suelo, cubriéndolo luego con todo cuidado. En cuanto al mensaje en sí, estaba escrito en un trozo de papel finísimo, que hizo desaparecer por el clásico y seguro procedimiento de comérselo.

Por la tarde, aburrido, se dedicó a ver la televisión. Uno de los espacios estaba dedicado a una entrevista con el Secretario de Asuntos Extraterrestres, Honorable Erickson J. Gladsen.

El entrevistador le hizo algunas preguntas de poco interés. De pronto, dijo algo que llamó vivamente la atención de Cope.

—Señor secretario, ¿podría informar a nuestro auditorio del estado actual de las relaciones entre la Tierra y Warndrun?

—A decir verdad —contestó Gladsen, un sujeto pomposo, rubicundo, con aspecto de ir a estallar en cualquier momento de puro orgullo—, estas relaciones no tienen nada de satisfactorias. No obstante, esperamos mejorarlas en breve plazo, naturalmente, contando con la buena voluntad de los warndrunitas.

—¿Alegan ellos algún motivo de queja contra la Tierra?

—Bueno, en todo conflicto hay siempre dos partes y es preciso conocer la opinión de cada una de esas dos partes. Pero uno de los motivos de la fricción existente es la queja, por parte de Warndrun, de que la ayuda técnica que les hemos prestado es insuficiente. Nosotros, por el contrario, pensamos que hemos hecho incluso más de lo que nos obligaba el tratado suscrito por ambas partes. Pero, repito, es un conflicto que pronto tendrá una solución más fácil de lo que la gente cree.

—Muchas gracias, señor secretario. Y ahora, por favor, díganos qué hay de cierto en los rumores de que Warndrun solicita que los técnicos terrestres que vayan allí a ayudarles sean todos de… de la especie *Lab-men*, sin distinción de sexos, naturalmente.

Gladsen dejó de sonreír en el acto.

—Con respecto a los *Lab-men* se dictó una ley hace cinco años y, como puede comprender, yo no soy quién para revocarla, porque revocar esa ley sería permitir que un grupo de *Lab-men*, por ínfimo que fuera, se trasladase a Warndrun.

—Comprendo, señor secretario. En nombre de los telespectadores, muchas gracias.

Cope no quiso seguir frente a la pantalla del televisor. Aquella entrevista había proyectado mucha claridad sobre su mente, aunque no toda la que hubiera deseado.

Pero averiguaría más cosas cuando estuviese en libertad, se dijo, lleno de esperanza.

CAPÍTULO VI

La noche era oscura, aunque había un poco de luna, que permitía distinguir los detalles a cierta distancia. En el campo de internamiento, no había limitación alguna respecto a los métodos de vida de cada cual, por lo que Cope pudo abandonar su alojamiento sin dificultad, como hacían más de uno, sobre todo, cuando, como aquella noche, el tiempo era magnífico.

Cope se encaminó lentamente hacia el lugar señalado por su anónimo comunicante. Al llegar a las inmediaciones de la valla, consultó su reloj.

Eran las once y media de la noche. Los sesenta minutos siguientes le parecieron otros tantos años.

De pronto, vio las luces de posición de un aeromóvil.

—Oh, no, no —exclamó, sin poder contenerse—. Te van a destruir...

Pero, naturalmente, el piloto del aeromóvil no podía escucharlo.

Sin embargo, aquel aparato no volaba en dirección a él. A los pocos momentos, Cope pudo apreciar que seguía un rumbo oblicuo, hacia el nordeste, aproximadamente.

El aeromóvil rebasó a cien metros de altura la línea de la valla y se internó en el recinto. A un kilómetro de distancia, los helicópteros de vigilancia le salieron al encuentro, intimando al piloto a tomar tierra inmediatamente, bajo la amenaza de destrucción.

El piloto no hizo el menor caso de las intimaciones y siguió imperturbable su ruta, internándose más y más en el recinto. En aquel momento, Cope vio una masa oscura que descendía de lo alto, hacia el lugar en que se hallaba.

Aquella cosa se paró al llegar al suelo. Cope pudo ver que se trataba de un propulsor individual.

Inmediatamente, comprendió la astucia de su salvador. El aeromóvil no era otra cosa que un cebo destinado a engañar a los vigilantes del campo.

Ya no perdió tiempo en más consideraciones. Se puso el arnés del aparato y buscó los mandos. Casi en el mismo instante, apareció una sombra a su lado.

—Compañero, déjame una plaza en tu avión —dijo Villar.

Cope dudó un momento. Al otro lado de la valla, sonó una voz femenina:

—¡Aprisa, aprisa!

En el mismo instante, se vio a lo lejos un vivísimo fogonazo.

Cope ya no se lo pensó dos veces.

—Agárrate bien, Ramón —dijo.

El estampido de la explosión les llegó cuando ya cruzaban la valla con un margen suficiente de seguridad. Los fugitivos supieron entonces que los helicópteros de vigilancia, cumpliendo las órdenes draconianas recibidas, habían disparado sendos torpedos contra el aparato intruso, haciéndolo volar en mil pedazos.

El peso de los dos hombres impidió un vuelo más prolongado del propulsor. Segundos después, tocaban tierra.

Flora surgió ante los fugitivos.

—Ken —exclamó.

Cope la abrazó con fuerza.

—Me parece un sueño...

Ella rió satisfecha.

—Ven a despertar al aeromóvil que tengo ahí, en la vaguada —

dijo.

—Traigo un compañero conmigo —manifestó él—. Se llama Ramón Villar y no me pareció bien dejarlo ahí dentro.

Flora alargó el cuello un instante.

—De acuerdo —accedió escuetamente.

Echaron a correr. Momentos después, se lanzaban de cabeza al interior del aparato.

Flora tomó los mandos. El aeromóvil se puso en movimiento, pero, en lugar de elevarse a gran altura, voló relativamente despacio, rasando los accidentes del terreno y buscando muy especialmente vaguadas y hondonadas, a fin de evitar la detección.

—Un buen truco, señorita —dijo Ramón momentos más tarde.

—Me pareció lo más conveniente —respondió Flora, sin quitar los ojos del cuadro de mandos—. Un aeromóvil como cebo y el propulsor enviado por control remoto de radio.

—Sí, pero, ¿por qué? —quiso saber Cope, lleno de curiosidad.

—¿Por qué, qué?

—Porque has querido salvarme, claro.

Flora se puso seria de repente.

—Mi madrastra te necesita, Ken —contestó.

—Sí, ahora recuerdo que fue a visitarme a mi casa —dijo Cope —. Fue la noche en que te secuestraron. Pero no tuvimos tiempo de hablar.

—Yo he hablado con ella y ahora sé todo lo que quería decirte aquella noche. Ese es uno de los motivos por los cuales he venido a rescatarte.

—¿Y los otros?

—Sencillamente, devolverte un favor análogo.

—Entiendo. —Cope hizo una corta pausa y luego dijo—: Flora, quiero hacerte una pregunta.

—Sí, Ken —accedió ella.

—Soy un *Lab-man*, un hombre nacido en la probeta de un laboratorio. ¿No sientes…?

—Ken, para mí, un ser humano es siempre un ser humano y mis simpatías o antipatías hacia él se derivarán siempre de sus acciones, buena o malas, no de su origen —respondió Flora tajantemente.

—Me gustan las chicas que piensan así —dijo Villar—. Gracias, por la parte que me toca.

—Usted también es un *Lab-man*, ¿no es así?

Villar se encogió de hombros.

—Ellos lo dicen —contestó—. Si el ser humano pudiera acordarse de sus primeras semanas de existencia, muchas cosas cambiarían.

—¿Qué es lo que quiere decir, Ramón? —preguntó ella, sorprendida.

—Es bien sencillo, señorita: Ahí, en el campo de internamiento, hay muchos que tienen de *Lab-men* lo que yo de chumbo. Simplemente, cuando alguien estorba, políticamente hablando, le fabrican un historial de *Lab-man* y se lo quitan de en medio.

—Oh —exclamó Flora, atónita—. Eso no lo sabía yo.

—Ni yo tampoco —confesó Cope—. Pero ahora que lo dice Ramón, y conociendo a Gladsen y su pandilla, no me extraña en absoluto.

—Me gustaría destruir los archivos donde constan todos los nombres de los *Lab-men* —dijo Villar—. De este modo, muchas personas inocentes se evitarían la vergüenza de ser consideradas como apestadas.

—Lo interesante es que sean puestas en libertad, Ramón.

—Eso es punto menos que imposible, sobre todo, en las actuales circunstancias.

—Será preciso esperar algún tiempo —intervino Flora.

—¿Cuánto? —preguntó Cope.

—El tiempo que el gobierno de Warndrun tarde en tomar una decisión al respecto, pero antes he de decirles que, incluso en Warndrun, las opiniones acerca de la «importación» de *Lab-men* de

ambos sexos están muy divididas.

* * *

Cope no comprendía muy bien lo que había querido decir la muchacha, pero Flora manifestó que hablaría más extensamente cuando estuvieran en seguridad. El aparato, según apreciaron los fugitivos, no se dirigía a la capital.

—Tengo un refugio seguro —explicó la muchacha—. Allí estaremos hasta el momento del viaje a Warndrun.

—Ah, pero, ¿es que tengo que ir a Warndrun? —exclamó Cope.

—Eso quería pedirte mi madrastra —respondió Flora.

De pronto, Villar dijo:

—Señorita Thames, tenga la bondad de parar este cacharro. Voy a quedarme aquí.

—¡ Ramón! ¿Qué es lo que piensas hacer? —preguntó Cope, vivamente sorprendido.

—Me hicieron una jugarreta y voy a devolverla. Entonces me pillaron por sorpresa; no sucederá ahora lo mismo, pueden creerlo.

—Ramón, la Policía tiene orden de tirar a matar contra todo *Lab-man* —advirtió la muchacha.

Villar se echó a reír.

—La Policía tiene que aprender mucho de mí, y que perdone Ken, que fue policía —contestó.

El aeromóvil se había detenido ya. Villar abrió la portezuela, saltó al suelo, agitó la mano en señal de despedida y, segundos más tarde, se confundió con las sombras de la noche.

—Un extraño individuo, ¿no crees? —dijo Flora, una vez que el aparato se hubo elevado de nuevo en el aire.

—Tengo una vaga idea de quién puede ser —contestó Cope—. Si es quien yo pienso, su «especialidad» no era cosa de mi incumbencia cuando estaba en la Policía.

—Entiendo.

Media hora más tarde, el aeromóvil se detenía ante una casa perdida en el campo, entre árboles y al pie de una ladera rocosa de notable elevación.

—Aquí permanecerás hasta nueva orden —decretó la muchacha.

—Pero aún no hemos hablado…,

—Hay tiempo —atajó Flora—. Tienes comida en abundancia, libros y un televisor. Estarás una semana, creo; quizá menos, pero no lo puedo asegurar.

—Y luego iremos a Warndrun.

—Sí.

Hubo una pausa de silencio. Cope pensó que no podía oponerse, por el momento, a la decisión de la muchacha, probablemente bien meditada de antemano.

—¿De quién es esta casa? —preguntó al cabo.

—Pertenece a un funcionario de la embajada warndrunita, actualmente de vacaciones en su país. Tiene status de extraterritorialidad.

—Muy conveniente —aprobó él.

Entraron en la casa. Un hombre salió al encuentro de la pareja.

—Señor —saludó el robot respetuosamente.

—¡Bill, qué sorpresa! —exclamó Cope. Luego se volvió hacia la muchacha—. Piensas en todo, Flora —agregó.

Ella sonrió.

—Bill puede serte muy útil —contestó.

Cope entornó los ojos.

—Parece en perfectas condiciones —observó.

—Lo estoy, señor —corroboró el robot—. La señorita Thames tuvo la bondad de reparar mis averías, deliberadamente provocadas.

—Ah, esto parece que aclara las cosas —dijo el joven.

—Sí. Lo hizo un amigo de Forli, especialista en robótica —manifestó Flora.

—Forli siempre ha sido muy rencoroso. Pero, tú, ¿cómo supiste…?

—Tengo el grado de doctor en robótica. Encontré los circuitos averiados, los cambié por otros en perfecto estado… y eso es todo.

—Algún día iré a machacarle las narices a Forli —gruñó Cope.

—Sí, pero será después de que hayas vuelto de Warndrun —dijo Flora.

CAPÍTULO VII

Habían transcurrido ya seis días y en todo aquel tiempo. Cope no había tenido la menor noticia de Flora.

En cierto modo, no sentía impaciencia por volver a encontrarse con la muchacha. El lugar en que se hallaba era muy agradable, hacía un tiempo espléndido y podía dedicarse a la holganza, sin preocupaciones por su futuro inmediato. Bill se ocupaba de la cocina y de la casa, con lo que todo el trabajo de Cope consistía en leer y pasear, aunque, a prevención, no dejaba de hacer ejercicios físicos a diario, al menos durante un par de horas, a fin de conservar la buena forma.

El sexto día de su estancia en aquel lugar, captó una noticia en la televisión:

—El Times XXI, en su edición de la tarde —dijo el locutor—, da la noticia de la recepción de documentos que prueban que el Honorable Ben Knutson, Secretario de Orden Interior del planeta, es un *Lab-man*. Como nuestros espectadores recordarán, el señor Knutson pertenece al Partido Superior, del que es uno de sus puntales el Honorable Secretario de Asuntos Extraterrestres, Erickson Gladsen. El señor Gladsen ha declarado no tener la menor noticia del origen artificial de su correligionario y ha dicho, además, que en la próxima convención de su partido, presentará una moción para que el señor Knutson sea dado de baja en el mismo. Ello aparte, Knutson ha sido destituido de su cargo y…

—Una noticia sorprendente; señor, si me permite decirlo —manifestó Bill.

—Ya lo has dicho —rió Cope.

—Habrá un escándalo político —vaticinó el robot. La gente no querrá creer que Gladsen ignoraba el origen de su amigo y correligionario.

—Eso mismo pienso yo.

—Pero lo mejor de todo serán las numerosísimas demandas de revisión de condenas que se presentarán a partir de este momento.

Aquella voz no era de Bill. Cope se volvió en el acto.

—¡Ramón! —exclamó.

Villar entró en la casa, saltando el antepecho de la ventana.

—Hola, Ken —saludó, estrechándole la mano con fuerza—. ¿Qué te ha parecido la noticia?

Cope miró de soslayo a su amigo.

—¿Cuál es el porcentaje de tu intervención en ella? —preguntó.

—Ciento por ciento —rió Villar—. Oye, ¿no tienes una copa por ahí? —solicitó.

—Claro que sí, hombre. Tomaremos dos, para celebrarlo. Pero dime, esos documentos, ¿son auténticos?

Villar tomó un trago. Luego dijo:

—Son falsos, pero pasan por auténticos... porque los auténticos fueron destruidos en su tiempo —contestó.

—Entonces, Knutson es un *Lab-man*.

—Sin la menor duda.

—¿«Invadiste» los archivos?

Villar guiñó un ojo a su amigo.

—A ti, ¿qué te parece? —contestó.

—Y enviaste las pruebas al Times XXI.

—Inmediatamente. Ya te dije que alguien pagaría la cochinada que me hicieron, enviándome a un campo de internamiento.

—Va a ser un duro golpe para el Partido Superior —murmuró

Cope.

—Puedes considerarlo como deshecho, porque los campos de internamiento de *Lab-men* son obra suya. Y, como dije antes, las demandas que se van a presentar por encarcelamiento injusto, es decir, sin ser de la raza de los *Lab-men,* van a ser numerosísimas. Esto, sin contar con las peticiones que se producirán de abolición de la ley de discriminación entre hombre «naturales» y «artificiales». Me parece muy bien que se prohíban los nacimientos en probeta; pero los que así nacieron, de lo que no tienen la menor culpa, deben ser considerados como los demás seres humanos.

Cope meneó la cabeza.

—Gladsen y su partido, en general, no han podido desprenderse del lastre de racismo que ha llevado consigo durante siglos —dijo. Y de repente, recordó algo—: Eh, ¿quién te ha dicho que yo estaba aquí? —exclamó.

Villar se echó a reír.

—Mírala, ahí la tienes —contestó.

Cope se volvió. Flora entraba en aquel momento.

—Traigo noticias —dijo.

—¿Buenas? —preguntó Cope.

—Para mí, sí. Todo está preparado ya para la marcha a Warndrun.

* * *

—Entonces, tengo que ir yo a Warndrun para que la gente vea que los *Lab-men* no somos monstruos —dijo Cope.

—No exactamente —contestó la muchacha—. Lo que allí se necesita es...

Una especie de trueno que sonaba en el exterior, interrumpió a Flora:

—¡Cope! Sabemos que está ahí. Salga con las manos en alto o destruiremos la casa con un torpedo.

La sorpresa del trío fue total. No obstante, Villar fue el primero en reaccionar y se precipitó hacia el interruptor de la luz, dejando la estancia a oscuras.

—Le damos treinta segundos, Cope —dijo el altavoz—. Pasado ese plazo, dispararemos sin más avisos.

—Pero, ¿cómo diablos han sabido que yo estaba aquí? —se asombró el aludido.

De pronto, el robot dio un paso hacia adelante.

—Permítame el señor que ocupe su puesto —dijo.

—Bill, no puedo...

—Sólo soy una máquina, señor. Lo único que le pido es que salve el circuito principal de memoria.

Cope comprendió el sentido de la petición y movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo —accedió—. Pero antes necesito ganar un poco de tiempo.

Se acercó a la ventana y gritó:

—Quiero un minuto para recoger mis cosas. No disparen, estoy dispuesto a entregarme.

—Conforme —accedió el del altavoz.

Flora trabajaba ya en la espalda del robot. Al cabo de unos segundos, le dio una palmada en la espalda.

—Listo, Bill.

—Gracias, señorita.

—A ti —dijo ella.

—Hay que agazaparse al pie de las ventanas, para que no nos vean —aconsejó Villar.

Bill encendió la luz. Luego abrió la puerta.

Su silueta se recortó inmediatamente contra el fondo iluminado del interior de la casa. Dio un par de pasos y entonces, un poderoso rayo de luz, surgido del fondo en tinieblas, le alcanzó de lleno.

Hubo una pequeña explosión. Luego, el robot se desplomó al suelo.

—¡Ya está! —gritó alguien en la oscuridad.

—Vamos a ver —dijo otro.

Dos hombres corrieron hacia la casa. Ambos iban armados con pistolas desintegrantes. Flora miró por encima del antepecho y se sorprendió al ver que eran warndrunitas.

Sus vestidos tornasolados, de los que raramente se desprendía un warngen. De pronto, alcanzaron el cuerpo caído en el suelo.

Columnitas de humo se desprendían del supuesto cadáver. Uno de los atacantes gritó:

—¡ Era un robot!

Casi en el mismo instante, algo salió volando de la casa y le alcanzó en pleno rostro, rompiéndose en mil pedazos. El sujeto cayó de espaldas, con la cara ensangrentada por efectos del impacto del jarrón que Villar había lanzado con todas sus fuerzas.

El otro retrocedió, haciendo un disparo que resultó inofensivo. Antes de que pudiera disparar de nuevo, Cope le arrojó una banqueta, que le golpeó en pleno pecho, derribándole de la misma manera que a su compinche.

Inmediatamente, Villar se precipitó al exterior y se apoderó de una de las pistolas abandonadas. A cuarenta pasos de distancia, se divisaba una masa oscura, flotando en el aire.

Villar apuntó hacia el aeromóvil y disparó. Hubo una sorda explosión y, de pronto, el aeromóvil cayó a plomo.

El golpe, sin embargo, no fue muy fuerte, debido a la escasa altura. Pero Villar parecía haberse convertido en un tigre y corrió hacia el aparato.

Dos hombres, aturdidos, salían tambaleándose. Villar se anticipó a su reacción:

—¡Arriba las manos! —ordenó.

Los individuos obedecieron. Villar alargó el cuello un instante, mientras Cope y Flora se reunían con él.

—¿Adivinan quiénes son estos tipos? —preguntó.

—Uno de ellos es Ligh Moore —identificó Cope en el acto.

—Justamente. El otro debe de ser nuevo en la pandilla de Forli. ¿Cómo te llamas? —preguntó Villar al segundo.

—Dilaro, Jack Dilaro —contestó el interpelado abatidamente.

—¿Cuáles son las órdenes que os dio Forli? —preguntó Cope.

—Debíamos acompañar a esos dos warndrunitas y convencemos de que le... le...

—Vamos, que venían a presenciar tu asesinato, Ken —adivinó Villar.

—Pero, ¿por qué tenían que matarme unos warndrunitas, a los cuales no he ofendido yo? —se asombró el joven.

—No les has ofendido, es cierto —terció Flora—, pero lo que vas a hacer en Warndrun sí será una ofensa, según el particular punto de vista de algunos de los nativos de aquel planeta.

Cope volvió los ojos hacia la muchacha.

—Me disgustaría intervenir en los asuntos privados de la política de Warndrun —manifestó.

—A mí también, pero creo que debo hacerlo —respondió ella.

—¿Por qué?

—Me lo ha aconsejado mi madrastra.

—Creí que no hacías buenas migas con ella...

—Hablaremos durante el viaje —cortó Flora—. Ahora, vamos a ver si inutilizamos a estos cuatro tipos. Hay un sótano excelente en la casa y, cuando quieran salir, aparte de que tienen un aeromóvil inutilizado y hay más de cien kilómetros a la capital, nosotros ya estaremos a salvo.

—Veo que no dejas nada al azar —sonrió Cope.

—En este asunto, obrar sin un plan definido y sin todos los caminos trazados de antemano, es tanto como suicidarse —contestó Flora rotundamente.

Un cuarto de hora más tarde, se disponían a emprender la marcha. Tanto Flora como Villar habían llegado en sus aeromóviles

individuales, de los cuales uno sobraba, por lo que averiaron sus mecanismos de propulsión con un par de disparos bien dirigidos. El otro, transportándolos a los tres, se elevó a los pocos momentos.

—Ramón, ¿tú vienes con nosotros a Warndrun? —preguntó Cope.

—Claro —rió Villar—. Aquí, en la Tierra y hasta que se calmen las cosas un tanto, mi cabeza corre peligro de separarse del resto del cuerpo y eso es una perspectiva que no me gusta en absoluto.

Una hora más tarde, el aeromóvil se detenía al pie de una profunda cortadura que se abría en la ladera de una elevada montaña. Flora se apeó y guiándose con una linterna, avanzó a través de la hendidura.

A los pocos momentos, Cope divisó Una enorme masa oscura apoyada en el suelo.

—Una nave interestelar —exclamó, lleno de asombro.

—Dispuesta para zarpar en el acto —corroboró Flora.

—Sí, pero, ¿quién va a ser el piloto?

Flora se volvió hacia Villar y sonrió.

—¿Qué dice usted, Ramón? —preguntó.

Los ojos de Villar destellaron de un modo singular.

—No sé lo que va a pasar en Warndrun, pero por pilotar una nave como ésta, sería capaz de dejarme cortar un brazo —respondió.

Cope elevó los suyos a lo alto.

—Y a mí, ¡que me cuelguen si lo entiendo! —exclamó.

CAPÍTULO VIII

—Tu principal tarea, en Warnlia, capital de Warndrun, será convencer a determinadas personas de la conveniencia de «importar» *Lab-men* de ambos sexos —dijo Flora, mientras servía el café, ya en órbita la nave que debía llevarles al planeta mencionado.

—¿Qué sucede? ¿También son allí racistas? —exclamó Cope.

Ella negó con la cabeza.

—No, sino furibundamente nacionalistas, en sentido planetario, claro —contestó—. Pero lo peor de todo es el enorme atraso en que se vive allí. Warndrun debe progresar y ello se conseguirá, mucho mejor, con la emigración de *Lab-men* de ambos sexos. El golpe que ha sufrido el Partido Superior con la caída de Knutson es muy fuerte, pero la gente de la Tierra está aún muy condicionada por la propaganda adversa y, aunque liberen a todos los *Lab-men* encarcelados, las dificultades seguirán durante bastante tiempo. Por eso, confiamos en que muchos quieran emigrar a Warndrun.

—Permíteme que te diga que no comparto tu confianza —dijo el joven—. Si aquí en la Tierra no nos miran bien y en Warndrun se sienten recelosos de nosotros, ¿qué ventajas va a tener esa emigración?

—Es preciso superar prejuicios y ello no se consigue sin un esfuerzo profundo y dando ejemplo y, por supuesto, salvando todas las dificultades que se presenten en el camino.

—Vaya, que voy a ser en Warndrun una especie de misionero de mis congéneres.

—Algo por el estilo —admitió Flora con una sonrisa.

Cope asintió. Luego, de pronto, dijo:

—Los hombres de Forli estuvieron a punto de sorprendernos. Pero, ¿cómo lograron averiguar mi escondite?

—La siguieron, no hay otra respuesta —intervino Villar.

—Sí, eso tuvo que ser —murmuró Cope, muy pensativo—. Pero a mí me da la sensación de que voy a Warndrun para algo más que para convencer a los nativos de que los *Lab-men* no son unos monstruos.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —preguntó Flora.

—Muy sencillo. Forli no interviene jamás en un asunto en el que no pueda sacar una buena tajada. Si los *Lab-men* fuésemos más y dominásemos al resto de la población, estaría a nuestro lado, tenlo por seguro.

—Es muy probable, aunque no veo qué beneficio puede obtener él en Warndrun.

—Ya lo averiguaré, porque, repito, Forli no hace nada jamás gratuitamente. Y si lo hace, en apariencia, es porque luego espera sacar algún provecho de su «caritativa» acción.

—Estoy contigo, Ken —dijo Villar.

Flora se volvió hacia el otro.

—¿Conoce usted a Forli? —preguntó.

Villar rió amargamente.

—Más de lo que usted se piensa —contestó.

—No lo sabía...

—Con Forli tengo yo una cuentecita pendiente —dijo Villar—. Pero soy hombre que no tiene nunca prisa. Algún día me enfrentaré con ese pirata y ajustaremos cuentas, créame.

Cope miró a su compañero, bastante sorprendido. Villar era un hombre alegre, vivaz, siempre con un buen humor constante y amigo de las bromas, pero era la primera vez qué le veía tan serio. En su interior, supo que entre los dos hombres había habido algún grave conflicto, del que Villar había salido perdedor y no por

procedimientos honestos empleados por el otro.

Mientras tanto, la astronave seguía avanzando a velocidades inimaginables, sumergida en el espacio tenebroso.

* * *

Los detectores señalaron al fin la presencia cercana de un cuerpo celeste. Villar hizo los análisis pertinentes y anunció que se hallaban ya a una jomada de Warndrun.

—¿Y ahora? —preguntó Cope, dirigiéndose a Flora.

—Aterrizaremos en un lugar determinado, no cerca precisamente de Warnlia, y esperaremos.

—¿A quién, si se puede saber?

—Necesito información y deben traérmela. No conozco el nombre de la persona que vendrá a buscarnos, pero sí la contraseña. El, o en su caso, ella, nos dirá adonde debemos dirigirnos después.

Cope hizo un gesto de desagrado.

—No me gusta actuar a ciegas —dijo.

—Lo siento. El plan ha sido establecido así y no puedo variarlo —respondió la muchacha.

—¡Hum! Esto me huele a conspiración y no precisamente bien dirigida. ¿Qué opinas tú, Ramón?

—No seas pesimista —dijo Villar—. Por lo menos,

concédele el beneficio de la duda.

—Eso es, precisamente, lo que hago: dudar —gruñó el joven.

—Repito que no hay motivo para sentir desconfianza —dijo Flora—. Todo saldrá bien. Con un razonable margen de optimismo, desde luego.

—Pero, de todas formas, me gustaría saber qué es lo que va a salir bien —insistió él.

—¿Es que no puedes tener un poco de paciencia?

Cope calló, a fin de evitar un conflicto. Pero no estaba muy convencido de las declaraciones de la muchacha. Había allí algo oscuro, no quería pensar que turbio, que no acababa de agradarle del todo.

Veinticuatro horas más tarde, cuando ya habían entrado en la atmósfera de Warndrun, se oyó una sorda explosión en el interior de la astronave.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —gritó Cope.

El aparato osciló con violencia. Luego, de pronto, su trayectoria parabólica, oblicua a la superficie del planeta, se trocó por otra casi vertical.

—¡Caemos! —exclamó Villar—. ¡Los mandos no responden !

El tamaño de Warndrun era aproximadamente el de la Tierra y la explosión había sonado a unos ciento cincuenta kilómetros de altura. Cope se aterró al pensar en lo que iba a suceder cuando la nave chocase contra el suelo.

Villar trató de emplear los propulsores de emergencia, pero todo fue inútil.

—La explosión ha destruido la planta principal de fuerza —dijo —. No tengo energía para los propulsores, sólo para iluminación y alguna cosa más sin importancia. Por tanto, no nos queda otro recurso que abandonar la nave.

Cope miró hacia abajo. El suelo se acercaba vertiginosamente, invisible a veces, a causa de los bancos de nubes que flotaban perezosamente en la atmósfera. Una vez consultó el altímetro y los pelos se le pusieron de punta.

Estaban ya a ciento cuatro kilómetros del suelo. Un par de minutos más tarde, todo habría acabado para ellos.

—Vamos —gritó Villar—, los paracaídas individuales.

Mientras la nave descendía con velocidad de vértigo, se colocaron unos fuertes trajes protectores, encima de los cuales se pusieron los arneses de los paracaídas. Cope, previsor, no quiso caer sin armas en un territorio que podía resultarles hostil y se puso en torno a las caderas el cinturón con la pistola. Villar se hallaba ya junto a la escotilla superior, destinada a emergencias.

—El paracaídas de salvamento, en realidad, está compuesto por

tres: uno de ellos es el que provoca la apertura de los otros dos. El segundo es muy pequeño, lo justo para arrancar a una persona de la nave en . que viaja. El tercero y mayor de todos, es el que realmente salva la vida.

Era una explicación convincente. Villar había conectado el altímetro a un altoparlante que anunciaba la distancia al suelo. A los siete mil metros, accionó el mando que abría a escotilla.

La pérdida de presión fue instantánea, aunque no peligrosa para,, los viajeros. Villar colocó a la joven justo bajo la abertura y luego hizo presión en el mando de apertura del paracaídas.

El primer paracaídas se abrió y accionó el segundo, el cual «tiró» de Flora, arrancándola de la nave. La muchacha bajó la vista y pudo ver que el aparato descendía vertiginosamente hacia la tierra.

Un segundo después, el tercer paracaídas se abrió y su descenso quedó frenado en el acto. Dos paracaídas más se abrieron por debajo de ella, con intervalos de pocos segundos.

El viento soplaba con fuerza en aquel nivel de la atmósfera y los tres náufragos fueron arrastrados hacia un bosque que se divisaba a lo lejos. Por encima de las copas de los árboles, Flora pudo ver una cadena de montañas de gran altura.

Un minuto después, vio brillar en el suelo un enorme fogonazo. Luego captó el fragor de la explosión. Una espesa nube de humo subió a las alturas.

Los tres paracaídas, sin dejar de descender, se movían oblicuamente hacia el bosque. De repente, Flora vio algo que la hizo quedarse sin respiración.

Eran los árboles del bosque, cuyas copas tapaban el suelo en muchos lugares. Pero en otros puntos, al haber mayor espacio entre los árboles, se podían captar algunos detalles de una selva que a la muchacha le pareció algo fantástico, casi irreal.

La altura de los árboles era enorme, como jamás había visto hasta entonces. Algunos de ellos medían doscientos cincuenta metros del suelo hasta las ramas más altas. Su tronco, en consecuencia, poseía unas dimensiones colosales, veinte o más metros de diámetro.

El viento la empujó hasta las ramas de un árbol de altura mareante. Al haber saltado de la nave en primer lugar y dadas las características de los paracaídas, bajaba la última. Cope y Villar

descendían casi juntos, rozándose prácticamente las blancas cúpulas de sus paracaídas.

—¡Ken! —gritó.

El joven se volvió y agitó mía mano. Flora se sentía llena de angustia. Podía ocurrir que el paracaídas se enredase en unas ramas y ella quedara, suspendida a doscientos metros del suelo, con lo que, sin duda, se hallaría en una crítica situación.

Cope y Villar cayeron en el mismo árbol. Rompieron las ramas más delgadas y se detuvieron en otras más fuertes, a pocos metros del punto más alto. Luchando con el follaje, pudieron ver a Flora que caía en un árbol cercano, a unos ochenta o noventa metros de distancia.

Villar se quitó inmediatamente los atalajes del paracaídas, dejando puesto el arnés especial. Cope hizo lo mismo. Luego, agarrado a una rama, gritó:

—¡Flora! ¿Estás bien?

—Sí —contestó ella—. Pero... ¿cómo vamos a bajar al suelo?

—Ese no es problema —dijo Villar—. Hay ramas en abundancia y las lianas rodean por completo el tronco de los árboles. Sólo es cuestión de paciencia y de mantener sujetos los nervios.

Cope asintió. Luego miró hacia abajo y se estremeció.

—Parece el bosque de los gigantes —murmuró—. Hay casi un cuarto de kilómetro desde aquí al suelo.

—No te equivocas demasiado —sonrió Villar—. Pero cuanto menos hablemos...

Villar no pudo seguir hablando. Un fuerte ruido, una especie de tableteo que parecía producido por algún extraño artefacto de gigantescas dimensiones, le interrumpió súbitamente.

Cope volvió la cabeza hacia el lugar de donde procedía el sonido. Inmediatamente sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¡Ramón! ¿Qué es eso? —exclamó.

Las alas del colosal pajarraco batían el aire con aparente lentitud, pero, en realidad, proporcionándole una enorme velocidad de vuelo. Otros tres más le seguían, originando un ruido espantoso con el batir de sus alas. Cope calculó que ninguno de ellos tenía una

envergadura menor de veinticinco metros, una vez sus alas extendidas, aunque, en realidad, no eran pájaros, sino quirópteros con unas dimensiones de pesadilla.

En realidad, y según recordaba haber visto en dibujos y grabados, eran reptiles voladores del tipo pterodáctilos, una especie extinguida en la Tierra millones de años antes. En Warndrun, por lo visto, aquellos animales seguían subsistiendo y, al parecer, ahora volaban en busca de una presa avistada o, por lo menos, olfateada.

Flora chilló de terror al ver a uno de los pterodáctilos que se arrojaba sobre ella. Cope disparó, pero su bala se perdió en el vacío.

Además, tenía que mirar por sí mismo. Los otros tres pajarracos se abalanzaron, graznando horriblemente sobre la copa del árbol. Cope derribó a uno de un certero disparo que casi le seccionó el cuello. El animal cayó revoloteando hasta estrellarse contra el suelo, doscientos cincuenta metros más abajo.

Villar, más práctico, desintegró con su pistola al pterodáctilo que le había elegido como presa. El tercero chilló en son de protesta, pero, antes de que pudiera reaccionar, otro disparo lo convirtió en humo nauseabundo.

Pero aquellos precisos momentos habían resultado bien aprovechados por el primer pterodáctilo, que se abalanzó sobre la. muchacha y, sin detenerse apenas, la atrapó con sus poderosas garras y se elevó en el aire, con toda facilidad, como si llevase una pluma. Cope y Villar oyeron sus gritos desgarradores, pero cuando quisieron reaccionar, era ya tarde.

La distancia a que se había alejado el animal en contados segundos resultaba excesiva para las armas de que disponían los dos hombres. Bramando de furor impotente, se resignaron a ver cómo el pterodáctilo se llevaba a la muchacha, en dirección a su nido, seguramente construido en la cordillera que cerraba el horizonte.

CAPÍTULO IX

—Es una locura, Ken —dijo Villar.

—Haz lo que quieras —respondió el joven—. Yo haré lo que te he dicho.

—Pero si ni siquiera sabes... Además, ella habrá muerto...

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —dijo Cope, exasperado—. Ella lo sabía todo, conocía el nombre de la persona que tendría que venir con la información precisa para sabe Dios qué tontería... Estamos perdidos en un planeta que desconocemos por completo, en un ambiente totalmente hostil... ¿Qué más me da morir aquí, en la copa de este árbol, que en cualquier otra parte? Pero al menos, moriré con la conciencia tranquila, de haber hecho cuanto estaba en mi mano para rescatar a esa chiflada.

—Está bien —se resignó Villar—. De todos modos, aquí no podemos permanecer constantemente. Sólo deseo que si en esta selva hay tigres o leones, tengan un tamaño normal y no adecuado al de esos bicharracos.

Libres de los paracaídas, emprendieron el descenso, relativamente fácil en los primeros cien metros, ya que había abundancia de ramas, todas ellas muy sólidas. La cosa se complicó un poco al llegar al tronco desnudo, pero la abundancia de lianas y hierbas trepadoras, enroscadas al tronco, facilitó notablemente el descenso.

Media hora más tarde, ponían el pie en el suelo, cubierto de una espesa capa de hierba, cuyos tallos alcanzaban cincuenta y sesenta centímetros de altura. Cope pensó que durante una temporada, tendrían que vivir de los recursos que ellos mismos se proporcionasen.

Pero, por el momento, su atención estaba centrada en la muchacha. En su fuero interno, se dijo que Villar tenía razón: Flora debía de estar ya muerta o a punto de morir, seguramente destrozada por el pico del pterodáctilo o tal vez de sus crías, que estarían aguardando ansiosas la comida en el nido.

Rompieron la marcha. Villar, previsor, había hecho que conservasen el arnés del paracaídas, en el que había algunos elementos de supervivencia: cuchillos, fósforos, una pequeña lámpara

eléctrica, una cura individual y una brújula, además de una caja con tabletas alimenticias.

—Según he apreciado desde el árbol, la cordillera a la que se dirigía el pajarraco está a unos veinticinco kilómetros de distancia —dijo—. En mi reloj, son las diez de la mañana, hora de Warndrun. Creo, por tanto, que llegaremos al pie de la cordillera al anochecer. Entonces buscaremos un buen sitio para acampar.

Cope aprobó la propuesta de su compañero. Con los elementos de supervivencia podrían mantenerse algunos días. Pero era lógico suponer que encontrarían caza en aquellos parajes.

El bosque parecía interminable. La luz de la estrella que era el sol de Warndrun llegaba al suelo muy tamizada. Reinaba un silencio casi absoluto; a veces, Cope creía hallarse en el interior de una catedral de dimensiones colosales, cuyas columnas eran aquellos formidables troncos de árbol, tan parecidos, en algunos aspectos, a los pinos terrestres.

Cuatro horas más tarde, la atmósfera se aclaró. Unos minutos después, alcanzaban el lindero del bosque.

—Hagamos un alto, Ken —propuso Villar.

Cope asintió y ambos se sentaron al pie del último árbol de aquel lugar. Bebieron unos sorbos de agua y tomaron una tableta alimenticia, con lo que repusieron sus fuerzas.

—Ramón, no te lo he preguntado hasta ahora y, si te molesta, no digas nada, pero me siento curioso en una cosa —dijo Cope—. ¿Cuál es la cuenta pendiente que tienes con Forli?

Villar torció el gesto.

—Tenía un buen porvenir y él lo echó todo a rodar. Hablando claro, me estafó —repuso.

—¿Cómo pudiste confiar en él? —se asombró el joven.

—Hace quince años, no conocía a ese granuja. De lo contrario, ¿crees que hubiera aceptado sus propuestas?

—Bien, pero, ¿qué fue lo que te hizo?

—Tenía una agencia de relaciones comerciales con la Tierra. El entró como socio y empezó a admitir, claro que a espaldas mías, más encargos de los que podíamos recibir. Naturalmente, percibía las

comisiones correspondientes, que se embolsó sin escrúpulos. Cuando tuvo el bolsillo lleno, se largó, dejándome a mí empantanado con los warndrunitas.

—Y te metieron en la cárcel.

—Peor. Me confiscaron todo y me expulsaron del planeta, con la advertencia de no volver aquí, bajo pena de muerte.

Cope frunció el ceño.

—Sin embargo, has aceptado venir —dijo.

—Cualquier riesgo es preferible a vivir eternamente en el C.L.M. 22 —contestó Villar—. Por otra parte, han pasado quince años y espero que las cosas se hayan olvidado un poco, aparte de que he engordado diez kilos y ahora uso melena y bigote. En Warndrun no se mira mucho la documentación personal de cada cual, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. Pero aquí no podrás saldar la cuenta pendiente con Forli.

—Ya dije una vez que no tenía prisa. Un día u otro me tropezaré con él y... Bueno, ¿continuamos?

Cope se puso en pie. Miró hacia la cordillera y se estremeció.

Casi con toda seguridad, en aquellos momentos, de Flora no quedaban ya más que los huesos mondos.

* * *

El pterodáctilo se arrojó sobre ella, arrebatándola en una hábil pasada de la copa del árbol. Flora chilló de pavor un instante; al siguiente el miedo la hizo desmayarse.

Cuando se recobró, percibió en sus oídos el rugido del viento y el tableteo de las membranosas alas del pajarraco. Miró hacia abajo y sintió un escalofrío de terror al verse a miles de metros del suelo.

Sorprendentemente, si bien sentía la presión de las garras del pterodáctilo, no sufría nada. Los enormes dedos formaban como una especie de corsé en torno a su cintura, protegida, además, por el arnés de supervivencia.

De pronto, Flora recordó que lo llevaba puesto.

Tenía las manos relativamente libres y tanteó hasta encontrar el mango del cuchillo. Pero no era llegado el momento ni la ocasión de utilizarlo.

Las crestas de las montañas se acercaron a toda velocidad. Flora calculó que el pterodáctilo gigante no volaba a menos de ciento cincuenta por hora. El ave prehistórica se precipitó a través de un hondo desfiladero, de enorme profundidad, dirigiéndose hacia el otro extremo, visible a unos kilómetros de distancia.

El suelo del desfiladero subía gradualmente. Al llegar a su término, Flora divisó la plateada lámina de un lago, cuyo borde empezaba casi en el mismo desfiladero.

El lago, indudablemente, había sido en tiempos remotos un cráter volcánico, de enormes dimensiones, a juzgar por el anillo de montañas que lo encerraban de un modo total. Flora se dio cuenta que el borde del lago llegaba muy cerca de la entrada del desfiladero.

De pronto, el pterodáctilo perdió altura.

La muchacha supuso entonces que el nido o el cubil del pterodáctilo debía de hallarse en las inmediaciones del lago. Quizá en alguna cueva cercana a la orilla..., pero no podía entretenerse en especulaciones acerca del hábitat de aquel gigantesco ser que la llevaba en sus garras.

El cuchillo estaba ya en sus manos. Flora lo elevó sobre su cabeza y lo hundió a fondo en el pecho del animal, rasgando luego con saña varias veces, arriba y abajo, procurando en cada golpe agrandar la herida.

Una lluvia de un líquido caliente y apestoso cayó sobre ella, causándole enormes náuseas. Los graznidos del animal, al sentirse herido, la ensordecieron.

La bestia aleteó furiosamente, pero las fuerzas le fallaron de pronto. Aflojó las garras y Flora se sintió precipitada en el vacío.

Cayó desde unos veinte metros. En el último instante. con una hábil contorsión, procuró entrar de pie en el agua. Un segundo después, el pterodáctilo, levantando una enorme nube de espumas, se sumergía en el lago, a poco más de cincuenta metros de distancia.

Flora taloneó enérgicamente y nadó hacia la orilla, distante unos trescientos metros. Tocó tierra firme, caminó unos pasos y se dejó caer

en una pequeña playa de arena finísima, agotada, exhausta, incrédula de sí misma al saberse salvada, por lo que estimaba una especie de prodigio.

Al cabo de un rato, la comprensión entró en su cerebro.

Sí, había salvado la vida. Pero estaba en un lugar que le resultaba desconocido y, probablemente, hostil. De repente, se sintió como una niña desvalida y se echó a llorar desconsoladamente.

* * *

Al llegar la noche, Cope y Villar alcanzaron la base de los formidables farallones de roca que formaban aquella colosal cadena montañosa.

Cope no dejó de fijarse en la enorme hendidura que parecía cortar las montañas en dos, como producto de un tajo causado por la espada de algún gigante mitológico. El suelo era muy irregular, abundando en rocas y detritus procedentes de derrumbamientos de muros y crestas superiores. Aunque en la entrada era muy ancho, el desfiladero se angostaba gradualmente a medida que se adentraba en la cordillera y no sólo por efecto de la perspectiva.

Era un paisaje impresionante. En algunos puntos, los muros del desfiladero alcanzaban quinientos y más metros de caída a plomo. El lugar poseía una singular belleza, que abrumaba por su misma grandiosidad.

—Conviene que descansemos, Ken —dijo Villar—. Agotarnos de nada nos serviría, máxime cuando seguimos un camino que no sabemos si es el correcto.

—El pterodáctilo vino hacia aquí —contestó Cope, obstinado.

—Eso es lo que nos pareció cuando estábamos en la copa del árbol —manifestó Villar—. Pero luego lo perdimos de vista. ¿Qué sabemos del rumbo definitivo que ha podido tomar?

Cope lanzó una ojeada al desfiladero, cuya longitud calculó en ocho o diez kilómetros en total. Por la noche y desconociendo el terreno, sería una imprudencia aventurarse por aquellos parajes, aparte de que era razonable detenerse a reponer fuerzas.

La noche se anunciaba fresca y dedicaron un rato a reunir ramas viejas, con las que encendieron una hoguera. Cope se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas a la usanza árabe, y contempló ensimismado la cambiante danza de las llamas.

Villar había comido ya un par de tabletas alimenticias y se disponía a dormir. De pronto, recordó una cosa.

—Ramón —llamó.

—Dime —contestó el otro.

—El propulsor principal se averió —dijo Cope—. ¿Crees en la posibilidad de una explosión espontánea?

—No.

Era una respuesta harto contundente, para que Cope no sintiera atraída su atención en el acto.

—Antiguamente, a una cosa así se le llamaba sabotaje.

—Exacto.

—Pero, Ramón, ¿cómo diablos calcularon tan bien el momento de la explosión?

—La bomba, porque no me cabe la menor duda de que era una bomba, estaba conectada al altímetro. Explotó a una determinada altura del suelo.

—También pudo haber explotado al llegar a la misma altura, pero de la Tierra, cuando emprendimos el viaje.

—Creo que la bomba tenía un mecanismo de activación de la espoleta, que entró en funcionamiento pasado un determinado tiempo desde el despegue.

—Es decir, mientras la nave estaba quieta en la Tierra, la bomba no era sino una masa inerte.

—Exactamente. Luego, pasado cierto tiempo desde el despegue y, probablemente por un mecanismo de tiempo que empezó a funcionar automáticamente al hallarse a determinada altura del suelo terrestre, la bomba quedó lista para explotar cuando las indicaciones del altímetro alcanzaran la cifra requerida.

—¿Y por qué no hizo explosión en el espacio? Nuestra situación hubiera resultado muchísimo peor…

—Habríamos podido lanzar un S.O.S. y nos hubieran recogido. Warndrun, en comparación con la Tierra, es un planeta poco menos que deshabitado. Había, pues, grandes posibilidades de que, si nos salvábamos, cayéramos en una zona deshabitada, como así ha ocurrido.

—Creo que voy comprendiendo. Pero, a pesar de todo, pudiste lanzar un S.O.S…

—Cuando se produjo la explosión, entrábamos en la zona ionizada, en donde las ondas hertzianas quedan paralizadas y no hay, por tanto, comunicaciones de radio. Y quizá, por otra parte, no convenía que se supiera que nos habíamos salvado, si llegábamos a conseguirlo.

—Tienes respuesta para todo, Ramón —sonrió Cope.

—Salvo para una cosa —contestó Villar, ceñudo.

—¿Cuál?

—¿Quién es el hijo de perra que nos puso su maldita bomba en la astronave?

Cope asintió.

—No, no hay respuesta para esa pregunta —murmuró.

CAPÍTULO X

Antes de que saliera el sol, ya se habían puesto en marcha. De cuando en cuando, tenían que sortear enormes rocas que se alzaban en su camino y que dificultaban la marcha. De haber sido necesario, Villar las habría deshecho con su pistola desintegrante, para la que llevaba un repuesto de varias docenas de proyectiles.

Poco a poco, ganaron terreno, con más dificultades de las previstas. Una hora más tarde, vieron un hililllo de agua que se escondía en un trozo llano, cubierto de arena.

Alrededor de las diez de la mañana, avistaron al fin la salida del desfiladero.

Hacía ya bastante calor. Los dos hombres sudaban a chorros. Villar buscó la sombra de un farallón.

—Quince minutos de descanso —solicitó.

Cope accedió. La distancia era relativamente corta, pero los obstáculos del camino les habían fatigado notablemente.

Cope buscó con la vista algún posible nido de los pterodáctilos, de los que, tras el súbito ataque de la víspera, ya no habían divisado ningún otro ejemplar. Pero por más que se esforzó, no encontró nada que pudiera llamar su atención en tal sentido.

Se refrescó un poco con el agua del arroyo que habían visto al principio y que parecía brotar de unas peñas cercanas. De repente, le pareció escuchar un débil grito.

—Ramón —exclamó.

Villar se irguió.

—Parece que se oye una voz... Pero no, será algún pájaro... Ella no puede vivir, los milagros no se dan en la vida ordinaria...

Cope se llenó los pulmones de aire y lanzó una poderosa voz, que repercutió con sonoros ecos por las paredes del desfiladero. A casi mil metros de distancia, Flora oyó aquel grito y sollozó de alegría.

A su vez, hizo un notable esfuerzo y volvió a gritar con todas sus fuerzas. Esta vez, Cope y Villar ya no tuvieron ninguna duda y, atropelladamente, remontaron los últimos metros de la pendiente, alcanzaron la salida del desfiladero y dieron vista al lago, cuya orilla se hallaba a menos de veinte pasos de distancia.

—¡Flora! —rugió Cope.

Y avanzó enloquecido hacia la muchacha, pero Villar le retuvo enérgicamente por un brazo.

—Quieto ahí, si no quieres verte como ella —dijo.

Flora se hallaba en el centro de lo que parecía una barrera espinosa, circular, con púas de más de un metro de longitud y casi diez centímetros de grosor, terminadas en una punta agudísima. El tobillo derecho, la muñeca izquierda y su cintura estaban rodeados por sendas lianas, que parecían serpientes vivas, de un brillante color verde, con estrías anaranjadas.

—Una flor carnívora —adivinó Cope.

—Exactamente —corroboró Villar—. La corola digestiva está al final, al otro lado de las espinas. Por fortuna, es una planta de acción lentísima, pero, eso sí, un elefante terrestre no podría librarse de sus tentáculos, una vez atrapado por ellos.

Una larga serpiente ondeaba en el aire, como buscando una nueva presa. Villar tomó puntería con todo cuidado y la convirtió en humo.

—Tenga calma, Flora —aconsejó—. No haga ningún movimiento brusco y, sobre todo, procure no pincharse con alguna de las espinas.

—¿Son venenosas? —preguntó la muchacha.

—Según se mire. A los diez minutos, se sumiría en un

profundísimo sueño que le duraría tal vez meses enteros. Conocí en cierta ocasión a un sujeto que durmió cinco meses y medio.

—Pero se salvó —dijo Cope.

—No. Murió depauperado. El veneno de la planta hacía que el organismo rechazase la mayor parte del alimento que se le proporcionaba por vía intravenosa.

—¿Cómo te dejaste atrapar por la planta, Flora? —preguntó Cope.

—Ni siquiera lo sé —respondió la chica—. Caí al agua, nadé hasta aquí y llegué agotada. Estuve descansando un rato y, cuando quise darme cuenta, ya tenía un tobillo rodeado. Forcejeé, pero todo fue inútil.

—Si hubiera llevado consigo una pistola, ya estaría libre —dijo Villar.

Pero los reproches ya no servían para nada. Villar dio la vuelta al círculo espinoso, el que, al cerrarse totalmente, atraería a la presa hacia la enorme corola en donde se hallaba el depósito de jugos digestivos de la planta. Los pétalos eran alargados, de casi dos metros, por unos veinte centímetros de ancho y diez de grueso, carnosos y de un repulsivo color rojogrisáceo, de los que se desprendía un olor escasamente agradable.

Villar disparó un par de veces al grueso pedúnculo de la planta, casi tan grueso como él. Brotó una nube de humo y los tentáculos aflojaron su presión en el acto.

Las espinas cayeron por tierra. Flora, sumamente aliviada, se puso en pie.

—Han llegado a tiempo —dijo.

—Al atardecer, las espinas habrían penetrado en su carne —explicó Villar—. Hasta mañana, no habría.ido a parar a la corola de la planta. Todo lo que tiene de lenta su acción, lo tiene también de irresistible. Como he dicho antes, podría devorar hasta un elefante.

Flora salvó el ahora inerte cerco de letales espinas y cayó en brazos del joven.

—Tienes que explicarnos lo que te ocurrió —pidió Cope.

—Mejor que hablar, le conviene comer —dijo Villar, oportuno

—. Tiempo habrá de explicaciones, creo.

—Sí —convino el joven con una sonrisa—, porque tú también tienes que decir algo acerca de tus profundos conocimientos sobre las plantas carnívoras de Warndrun.

Buscaron un lugar protegido del sol. Flora pudo beber y luego un par de tabletas alimenticias restauraron sus fuerzas. Entonces explicó la forma en que se había salvado. Villar meneó la cabeza y dijo, cuando ella hubo terminado:

—Lo hizo a tiempo, porque hubiera muerto y no a picotazos, sino ahogada.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Sí, el bicho que se la llevaba es medio anfibio, si vale la expresión, y tiene su cubil en cuevas situadas bajo el agua, al fin de proteger a las crías.

—Entonces, por eso volaba tan bajo.

—Justamente. Es casi seguro que iba ya buscando la entrada a su guarida, pero creo que ya no vale la pena seguir hablando de este asunto. Hay otros más importantes que tratar.

—¿Por ejemplo? —preguntó Cope.

—El viaje a Warnlia.

—No tenemos vehículo. Nos llevará días o tal vez semanas...

—Cinco, por lo menos —calculó Villar—. Suponiendo que hagamos cada día cuarenta kilómetros, la distancia a franquear es de unos mil cuatrocientos desde aquí. Pero, probablemente, emplearemos algún día más, por lo que mejor será que pensemos en seis semanas de viaje hasta la capital.

—¡Seis semanas! —se aterró Flora—. Demasiado tarde, tal vez.

A Cope le chocó aquella exclamación.

—Demasiado tarde, ¿para qué? —preguntó.

—Si nos descuidamos un poco, ni siquiera podremos emprender la marcha —dijo Villar sorprendentemente.

Y, en el mismo momento, se oyó a lo lejos un horrible alarido.

Segundos más tarde, una lluvia de flechas cayó en las cercanías del lugar en que se hallaban los tres náufragos.

* * *

—¡Vamos, aquí! —gritó Cope, señalando un saliente rocoso, situado a unos treinta metros del suelo.

Flora se volvió y no pudo evitar un desfallecimiento de terror al ver la masa de hombres, de salvaje aspecto, que subían a lo largo del desfiladero, profiriendo gritos hostiles y con la evidente intención de darles muertes. Pero la mano de Cope tiró de ella y echó a correr hacia el refugio indicado.

Villar trepaba por el acantilado. Cope empujó a la chica y, entre los dos hombres, consiguieron izarla hasta la relativa seguridad de aquel saledizo rocoso, de unos cuatro o cinco metros cuadrados de extensión y situado a más de treinta metros del suelo.

Cope disparó un par de tiros que, al derribar a sendos atacantes, tuvieron la virtud de contener al resto. De pronto, Villar lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, todos boca abajo!

Cuarenta o cincuenta arcos zumbaron al mismo tiempo. Enormemente asombrado, Cope se dio cuenta de que el número de flechas era increíblemente superior al de los arcos que las disparaban.

Pero los proyectiles volaban de abajo a arriba, en trayectorias desfavorables para los atacantes y aunque alguno de ellos cayó en las inmediaciones de los atacados, el peligro, sin embargo, no parecía demasiado grave por el momento.

—El peligro está en que nos sometan a sitio —dijo Villar al cabo de unos momentos—. Además, podría ocurrírseles subir a cotas más elevadas y entonces nos atacarían desde arriba.

—Pero, bueno, ¿quiénes son esos salvajes? —preguntó Cope, asombrado por la inesperada presencia de unos seres que parecían arrancados a la prehistoria.

Los salvajes vestían con pieles y tenían facciones casi simiescas. Usaban cuchillos de piedra, aunque con notables formas conseguidas a

lo largo de interminables jornadas de tallado con piedras más duras todavía, y los arcos de que disponían medían más de dos metros de longitud y parecían poseer una enorme potencia.

Cope se dio cuenta, además, de que aquellos arcos, por un ingenioso procedimiento, podían disparar hasta diez flechas a un tiempo, lo que los convertía en armas temibles. En cierto modo, pues, no eran tan salvajes como aparentaban.

—Son prehombres —dijo Villar.

—¿Cómo? —respingó Cope.

—Así los llaman aquí. En Tierra, serían el eslabón perdido entre los simios superiores y los hombres de Neandertal y de Cromagnon, y que los antropólogos no han conseguido encontrar hasta ahora, pese a todo lo que se diga.

—Prehombres, ¿eh?

—Sí.

—¿Caníbales?

—No. Probablemente, están furiosos porque creen que hemos invadido su territorio de caza.

—¿No hay manera de entenderse con ellos, Ramón?

Villar hizo un signo negativo.

—Lo siento —contestó—. Son muy refractarios a todo avance de la civilización. Un día, es cierto, llegarán a civilizarse..., pero habrán de transcurrir varias generaciones antes de que eso suceda en grado mínimo.

—Lo siento, pero no podemos esperar tanto —dijo Cope—. Aparte de que corremos el riesgo de que busquen una mejor posición, es preciso contar también que podemos padecer alguna insolación. Dame tu pistola desintegrante, Ramón.

Villar obedeció maquinalmente. Cope estudió el terreno un momento y luego hizo el primer disparo.

Un cráter de varios metros de profundidad y diez o doce de anchura se abrió en el acto, como consecuencia de la desintegración parcial del suelo. Cope hizo el segundo disparo a un par de pasos del anterior y en dirección al lago.

Las explosiones, poco ruidosas por otra parte, provocaron sin embargo cierto temor entre los prehombres, quienes se retiraron a unos cincuenta o sesenta pasos. Cope cambió un par de veces de pistola y derribó a un par de sitiadores con sendas balas de metal, a fin de hacerles ver que ellos también tenían armas defensivas de gran potencia.

—Me vas a dejar sin municiones desintegrantes —se quejó Villar, cuando Cope hubo gastado treinta o cuarenta proyectiles.

—¿Cuántos te quedan? —preguntó él.

—Doce o trece...

—Con cinco más, tendré suficiente.

Cinco disparos, en efecto, resultaron bastantes para conseguir los efectos deseados por el joven.

Un impetuoso torrente de líquido se escapó por el canal que Cope había excavado a fuerza de disparos. El canal medía diez o doce metros de anchura y su nivel estaba a cinco o seis más abajo del nivel de las aguas del lago.

La invasión de las aguas sorprendió a los prehombres, que, aterrados, escaparon para no perecer ahogados. Una enorme cascada de espumeante líquido descendió a toda velocidad por el desfiladero, arrastrando con sus ondas a algunos de aquellos seres prehistóricos que no se habían movido con la suficiente rapidez.

Cope se puso en pie.

—Lo siento por esos desdichados —dijo—. No me gusta lo que he hecho, pero, ¿qué otro remedio teníamos?

El campo estaba despejado. Las aguas seguían saliendo tumultuosamente por el aliviadero creado de manera artificial. Pero antes de que el nivel del lago descendiese de manera apreciable, pasarían días enteros.

Los prehombres habían desaparecido.

—El camino está despejado —anunció Villar.

CAPÍTULO XI

Por la noche, acamparon en un lugar resguardado y de fácil protección. Estaban cansados y, aunque los dos hombres se relevaron en una vigilancia preventiva, no por ello dejaron de dormir todos profundamente.

Cerca del amanecer, fue Flora la que se ocupó de vigilar. Cope y Villar dormían a pierna suelta cuando, de pronto, les despertó un agudo chillido de la muchacha.

Cope se levantó de un salto, pistola en mano. Villar empuñó también la suya.

—Flora, ¿qué sucede? —preguntó el joven.

Se oía un fuerte castañeteo en las inmediaciones. Súbitamente, un extraño animal apareció a la vista de los dos hombres.

Cope se sintió aterrado al ver aquel colosal escorpión que medía sesenta centímetros de longitud y que tenía unas tenazas casi tan grandes como su cuerpo. Flora temblaba de pies a cabeza.

Pero Villar, sorprendentemente, se echó a reír.

—Amigos, en lugar de sentir miedo, deben empezar a dar saltos de alegría por habernos encontrado con esa hermosa langosta de «secano» —dijo.

—¿Qué? —gritó Cope, atónito.

En lugar de contestar, Villar se levantó y, armado con un garrote improvisado, golpeó por dos veces la cabeza del crustáceo, que dejó

de moverse en el acto.,.

—Bueno, ya podemos encender fuego —dijo, complacido—. Asada en las brasas, la langosta de tierra es un bocado exquisito.

—Yo no sé si podré comer... —Flora sentía cierta repugnancia hacia el animal muerto.

—Yo me comeré su ración —exclamó Villar riendo.

Cope encendió el fuego. Villar se ocupó de preparar la langosta de la manera más conveniente.

—Ramón, tú conoces Warndrun demasiado bien —dijo—. A mí me parece que cuando vivías aquí hacías algo más que mantener una agencia de relaciones comerciales con la Tierra.

—De cuando en cuando, hacía alguna excursión de caza; es algo que siempre me ha gustado, aparte de que Warndrun tiene paisajes bellísimos y tomaba fotografías para mi colección particular. Pero, en cierta ocasión, mi aeromóvil se estropeó. Tuve que vivir casi un año a seis mil kilómetros de Warnlia, haciendo vida de Robinson. Aprendí mucho entonces, créeme.

—¿No pudiste avisar para que te recogieran? —se sorprendió Cope.

Villar soltó una risita.

—Amigo mío, cuando Forli hace las cosas, procura no cometer errores —contestó—. ¿De qué le hubiera servido averiar mi aeromóvil, si me dejaba la radio intacta?

—Creo que comprendo —dijo el joven.

—Y, cuando al fin, pude volver a la civilización, me encontré con que Forli había solicitado declaración oficial de mi fallecimiento. Por tanto, y como socio mío que era, se quedó con el negocio, lo liquidó y se volvió a la Tierra.

—Y fuiste a buscarlo allí.

—Sí, pero cuando aterricé, me esperaba un oficial con una orden de internamiento en un campo de *Lab-men*. Ya te digo que Forli no es hombre que descuide los detalles.

—Pero, a veces, sufre fracasos, como en el caso de Knutson.

—Nadie es perfecto —dijo Villar sentenciosamente—. Sólo que,

hasta ahora, Forli ha demostrado ser mejor que ninguno y no precisamente para dedicarse al bien.

Cope asintió, al comprender la razón que latía en los argumentos de su amigo. Luego, cuando llegó el momento, atacó su ración de langosta asada, que encontró riquísima.

En cuanto a Flora, el hambre le hizo desechar todas sus prevenciones y comió también un buen trozo de la cola. Al terminar, se dispusieron a reanudar la marcha.

—Hoy llegaremos al bosque —vaticinó Villar—. Pero nos costará una semana atravesarlo, suponiendo que no encontremos graves obstáculos.

—¿Qué clase de obstáculos? —preguntó Cope.

Villar respondió con una sola palabra:

—Forli. .

* * *

El silencio reinaba bajo la inmensa bóveda vegetal formada por cientos de miles de aquellos gigantescos árboles, al lado de los cuales las más altas sequoias californianas habrían parecido simples arbustos. Cope, Flora y Villar caminaban sin cesar.

Llevaban ya cuatro días y aún no vislumbraban siquiera el término del bosque. Cope pensó que había allí una riqueza maderera incalculable, aunque, por otra parte, derribar un solo de aquellos árboles tan hermosos le parecía blasfemia.

De pronto, cuando atravesaban un pequeño claro, Flora creyó captar en la altura un destello metálico.

—Cuidado —dijo—. Me parece que he visto un aeromóvil.

—Resguardémonos —exclamó Cope, dirigiéndose hacia el árbol más cercano.

—Precaución inútil —dijo Villar—. Si llevan rastreadores orgánicos, nos localizarán de todas formas.

Cope se volvió hacia la muchacha.

—¿Crees que será el mensajero? —preguntó.

Flora hizo un encogimiento de hombros.

—No hemos llegado al punto que debíamos y, además, llevamos mucho retraso —contestó—. Me extrañaría mucho que fuese ese mensajero.

El aeromóvil, si lo era, desapareció al cabo de pocos momentos. Por precaución, esperaron algunos minutos más, hasta que el peligro hubo cesado.

Al día siguiente, apareció de nuevo el aeromóvil. Esta vez, descendió a baja altura, casi a ras de las copas de los árboles. De pronto, se oyó una voz con sonidos de truenos:

—Sabemos que están ahí —dijo alguien, a través de un potente altavoz—: Salgan a terreno descubierto, con las manos en alto, y no les pasará nada. De lo contrario les bombardearemos implacablemente.

—No contesten —advirtió Flora.

Cope se había pegado literalmente al tronco de un árbol de más de un cuarto de kilómetro de altura, a fin de protegerse con el ramaje. Inesperadamente, oyó un sordo crujido a su espalda.

Cayó hacia atrás, en medio de una nube de polvo. Villar saltó hacia adelante.

—Es el mejor escondite que podíamos soñar —dijo—. Adentro, rápido.

Cope se volvió y gateó para entrar en lo que, inesperadamente, había resultado ser un tronco hueco. La corteza, carcomida, había cedido fácilmente con la sola presión de su espalda.

El polvo de la médula del árbol les hizo toser, pero solucionaron el problema colocándose sendos pañuelos en la cara. Arriba, seguía tronando la voz, intimidándoles a la rendición.

En el interior del tronco había irregularidades que les permitieron situarse a diez o doce metros del suelo. De pronto, Villar dijo:

—Basta, es suficiente.

—¿Por qué? —quiso saber Cope.

—La corteza de un árbol es el mejor aislante contra la detección orgánica —explicó Villar—. Ahora, si quieren localizarnos, tendrán que poner pie en tierra y entonces...

Villar no acabó la frase, pero dio a entender sobradamente lo que pensaba hacer en caso necesario.

* * *

Transcurrieron diez minutos.

Una voz sonó en el exterior:

—Estaban por aquí, no pueden haber ido muy lejos.

—Se habrán escondido...

—En las ramas de los árboles, no, desde luego; los habríamos detectado. Sigamos buscando por aquí, no pueden haber ido muy lejos.

En el interior del tronco hueco reinaba una casi total oscuridad. No obstante, Cope y Flora pudieron cambiar una mirada.

Ambos habían reconocido las voces de los que hablaban. Eran los esbirros de confianza de Forli, Moore y Dilaro.

Pasaron algunos minutos. Cope se impacientó.

—Voy a ver qué hacen esos tipos —dijo a media voz.

—Cuidado —suplicó la muchacha.

Cope hizo un gesto de inteligencia. Lentamente, sin hacer el menor ruido, descendió hasta el suelo y luego atravesó el pequeño túnel que conducía al exterior.

A veinte pasos de distancia, divisó un cable que pendía de las alturas, en cuyo extremo inferior se divisaba una plataforma. Arriba, sobre las copas de los árboles, se veía el aeromóvil parado sobre aquel punto.

Cope retrocedió un par de pasos.

—Baja, Ramón —llamó en voz baja.

Villar se descolgó ágilmente. Cope le dijo algo al oído. En las pupilas de Villar apareció de pronto un vivo destello.

—Sí, podemos probar, pero tenemos que actuar los dos al mismo tiempo —dijo.

—De acuerdo. ¿Vamos?

Los dos hombres salieron a la carrera y se dirigieron hacia la eslinga que sostenía la plataforma. En lo alto, tronó una voz de aviso:

—¡Ligh, Jack, están ahí!

Cope y Villar saltaron sobre el cable, lo asieron con las manos y tiraron a un tiempo, secamente y con todas sus fuerzas. Dieron un segundo tirón y, de repente, arriba, el aeromóvil perdió la estabilidad.

Los dos hombres poseían una fuerza notable y, al tercer tirón, el piloto, sorprendido, perdió el gobierno de la nave, que empezó a caer, tronchando las ramas altas de los árboles. Cuando quiso poner en funcionamiento los propulsores, era ya tarde.

—¡Al refugio, Ramón! —gritó Cope.

Villar se lanzó hacia el árbol a la carrera. Moore y Dilaro se hicieron visibles a unos cien pasos de distancia.

Cope los ahuyentó con un par de disparos, que hicieron volar la tierra entre sus piernas. Los esbirros, sorprendidos, retrocedieron; llevaban pistolas desintegrantes, pero su alcance era muy reducido y a tal distancia no podían soñar siquiera en conseguir un blanco.

El aeromóvil terminó de atravesar los ramajes y se precipitó en caída vertical desde más de cien metros de altura. Hubo un gran fragor de hierros abollados y vidrios rotos y luego volvió el silencio a la selva.

Cope permanecía junto a la entrada del refugio. De pronto, vio moverse a lo lejos dos siluetas.

—Moore, Dilaro, será mejor que se entreguen o empezaré a disparar proyectiles explosivos —gritó.

La intimación, aunque era mentira lo de los proyectiles explosivos, surtió sus efectos. A los pocos momentos, Dilaro y su compinche, llenos de abatimiento, avanzaban con las manos en alto.

Villar se hizo visible, con su pistola desintegrante en la mano,

dispuesto a emplearla si era necesario. Flora abandonó también el árbol.

Repentinamente, la muchacha echó a correr hacia el aeromóvil caído. La escotilla se había abierto al golpe y Flora se metió en el interior sin vacilar.

Cope se quedó desconcertado por la inesperada acción de la muchacha. Pero pronto tuvo una satisfactoria explicación al verla aparecer de nuevo, con el rostro lleno de júbilo.

—¡ Acerté! —exclamó—. Hay propulsores individuales a bordo.

CAPÍTULO XII

Villar hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—Esa chica es lista. A mí no se me habría ocurrido una cosa semejante.

—Tiene algo más que un pelo bonito —rió Cope.

Los esbirros permanecían delante de ellos. Cope dejó de sonreír.

—Os ha mandado Forli —dijo.

Moore asintió.

—¿De qué serviría negarlo? —contestó.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo el joven—. ¿Qué intereses tiene Forli en Warndrun?

—No lo sé, él nunca da explicaciones. Simplemente, da órdenes —contestó Dilaro.

—Y como paga bien, las obedecéis sin protestar.

Villar puso una mano en el hombro del joven.

—Desengáñate, Ken —dijo—. Forli, aunque no de forma visible, ha sido siempre uno de los puntales del Partido Superior. Si se tiene en cuenta la doctrina de este partido sobre los *Lab-men*, si pensamos en que los warndrunitas sensatos quieren progresar, permitiendo la inmigración de seres de nuestra raza, entenderás algo, aunque, desde luego, no todo respecto a lo que planea ese forajido.

—Sí, es cierto —convino Cope—. Pero a mí me parece que hay poderosos intereses en juego y que nuestra llegada a Warndrun puede perturbar, o quizá destruir, los planes elaborados por Forli.

—Lo mismo opino yo —terció Flora.

—Pero eso no lo averiguaremos aquí, sino en Warnlia —dijo Cope.

—Muy bien, ya disponemos de propulsores individuales. ¿Había más a bordo? —preguntó Villar.

—Queda otro —propuso la chica.

Villar elevó los ojos al cielo.

—Ha tenido una magnífica idea, pero no la ha completado, destruyendo el propulsor que no vamos a utilizar —clamó, haciendo que Flora enrojeciese fuertemente.

Y acto seguido, entró en la nave y salió con el cuarto propulsor en la mano.

—Lo llevaré hasta que encuentre algún río —dijo—. Adentro hay un tipo sin sentido; ha llevado un buen porrazo, aunque creo que se recuperará.

—¿Has destruido la radio? —inquirió Cope.

—La pregunta ofende, muchacho.

Minutos más tarde, estaban listos para la partida. Moore se quejó de que les dejaran en aquel lugar, abandonados a su suerte.

—Y vosotros, ¿qué pensabais hacer con nosotros? —barbotó Cope, furioso—. Gracias que os dejamos la vida...

—No discutas más, Ken —cortó Villar—. Esos topos no se merecen una sola mirada más.

Momentos después, alzaban el vuelo. Villar llevaba consigo el cuarto propulsor, dispuesto a cumplir lo anunciado.

Flora se colocó en cabeza desde el primer momento. Cope, rezagado al principio, procuró situarse a su lado.

—Eh, no tan de prisa —dijo—. Además, me parece que ésta no es la dirección de Warnlia.

—Claro, que, no;— admitió ella—. Pero vinimos aquí a encontrarnos con un mensajero y no lo hemos hecho.

—Llevamos ya mucho retraso...

—Debemos intentar el encuentro, Ken.

Cope se resignó.

—¿Está muy lejos el punto de cita? —preguntó.

—Unos ochocientos kilómetros.

—Rayos. Vamos a menos de cien por hora... Nueve horas de viaje calculó él.

—Aproximadamente —admitió Flora sin pestañear.

* * *

Anochecía ya, cuando Flora inició el descenso, en un lugar llano, por cuyo centro corría un río de mediano caudal, bordeado de árboles semejantes a álamos. La muchacha voló todavía unos cientos de metros, hasta dar con una isleta situada en el centro de la corriente.

—Aquí es —dijo, al poner el pie en tierra.

Cope se quitó en el acto los atalajes del propulsor.

—No hay ni rastro del mensajero —observó.

—Tenemos todavía una semana de tiempo —dijo ella—. Pasado ese plazo, si no ha aparecido, iremos directamente a Warnlia.

—Muy bien, acamparemos aquí. Buscaré leña para encender fuego.

La noche transcurrió sin incidentes. Al llegar el día, Cope recorrió la isleta, encontrando que medía un cuarto de kilómetro de largo por cincuenta o sesenta metros de anchura. Cuando volvió, se encontró a Villar arrodillado en el suelo, escarbando con su cuchillo de monte.

—¿Qué diablos buscas ahí? —preguntó, extrañado.

Villar sonrió anchamente.

—Cebo para mi anzuelo —dijo—. Hay bastante pesca, ramas rectas que cortar…

—¿Y el hilo?

—Si hubieras examinado con detenimiento tu equipo de supervivencia, habrías encontrado también hilo y anzuelo. Naturalmente, no te van a dar la caña; se supone que el presunto náufrago sabrá preparársela por sí mismo con un palo recto.

—Claro, no había dado en ello —Cope miró a su alrededor—. ¿Dónde está Flora?

—Al otro lado, pero no seas indiscreto: se está bañando.

—Oh, comprendo.

Dos horas más tarde, tres hermosos pescados se asaban sobre las brasas. Al terminar de comer, Villar dijo que iba a pasar al otro lado a montar trampas.

—Hay caza en abundancia y merece la pena estar bien surtidos de provisiones —dijo.

—Tú conoces muy bien este planeta —sonrió Cope.

—Estuve quince años en la capital y uno perdido por las zonas deshabitadas. Tuve que espabilarme para sobrevivir sin más que lo puesto —respondió Villar sencillamente.

Transcurrieron cuatro días.

—Tres más —dijo Flora—. Si al finalizar la semana, no ha aparecido el mensajero, nos iremos.

Al día siguiente vieron un vehículo terrestre que se acercaba a la orilla.

Era un todo terreno, con grandes ruedas balón y cabina climatizada. Cope, receloso, aprestó su pistola.

El automóvil era también anfibio y pasó el brazo de río sin dificultades. Remontó la suave pendiente de aquel lado de la isleta y se detuvo a pocos pasos del campamento.

El tripulante alzó parte de la cúpula. Entonces pudieron ver que se trataba de una mujer de unos treinta y cinco años, facciones agradables y pelo rubio.

—Cuando el río venga crecido, anegará la isleta —dijo.

—Pero podemos sobrevivir, trepando a las copas de los árboles —contestó Flora.

La recién llegada sonrió.

—Hola —saludó—. Soy Doya Kon'l. ¿Eres Flora Thames?

Cope, comprendió, al oír aquellas palabras, que Doya era el mensajero esperado. Las primeras frases, sin trascendencia aparente, habían sido la contraseña acordada para el reconocimiento mutuo.

—Sí, Doya —contestó la chica—. Estos son Ken Cope y Ramón Villar.

El segundo se acodó en el borde del automóvil y miró fijamente a la recién llegada.

—Hace dieciséis años, conocí a una chica muy guapa y vivaracha, que iba a casarse con un tal Ordwun Kon’l —dijo—. Tengo buenos recuerdos de Ordwun…

—Murió hace cinco años —dijo Doya.

—Oh, lo siento de veras. Habíamos llegado a ser buenos amigos.

—Lo sé. Ordwun me habló de ti en más de una ocasión.

—Era un hombre excelente. ¿Te dolería mucho decirme de qué murió, Doya?

—Ya me voy acostumbrando a su falta, Ramón. Ordwun fue asesinado.

—Lo mismo que mi prometido —intervino Flora—. Y, seguramente, también, por orden de Kor-Buran.

—¿Quién es Kor-Buran? —preguntó Cope, extrañado.

—El Subgobernador general y Director de Orden —contestó Doya.

—¡Hum! Eso me huele a policía.

—Exactamente —corroboró Flora—. Bien, Doya, ¿qué noticias nos traes de interés?

—No son buenas —declaró francamente la interpelada—. Kor-Buran planea apoderarse del puesto de Gran Gobernador y, una vez lo

haya conseguido, dimitirá en favor de un terrestre cuyo nombre no se conoce todavía. Pero ese terrestre prohibirá la inmigración de compatriotas.

—Si ese tipo no es Forli, permitiré que me corten las dos piernas —dijo Cope.

* * *

Doya había traído alimentos y bebidas en el automóvil. Después de comer, continuaron las deliberaciones.

—¿Es legal la dimisión de Kor-Buran en favor de otra persona? —preguntó Cope.

—No es ilegal —respondió Doya.

—¿Cómo?

—Es un caso sin precedentes hasta ahora. Unos pueden alegar que no es legal, puesto que no se ha dado ningún caso, no hay nada que lo impida. Todo depende de… ¿cómo decís en la Tierra de no sé qué de unía sartén?

Cope se echó a reír.

—Del que tenga la sartén por el mango —aclaró—. Pero, ¿cómo conseguirá Kor-Buran hacerse con el cargo de Gran Gobernador?

—Está vacante. Kor-Buran alega que los dos anteriores fueron terrestres y que ya es hora de que ese puesto lo ocupe un nativo. El Consejo Rector de Warndrun se inclina a darle la razón.

—Pero podía negarle el puesto…

—No veo cómo. La mayoría de los miembros del Consejo son muy ancianos y ya no les importa lo que pueda pasar. Y los relativamente jóvenes o están al lado de Kor-Buran por interés o le temen.

—Un caso típico de conspiración palatina —comentó el joven—. Pero todo esto, Doya, no se hace solamente por el orgullo de conseguir el poder y menos como en el caso de Kor-Buran, quien piensa dimitir en favor de Forli. Aquí hay un trasfondo digamos económico. ¿Me equivoco?

—Aciertas —contestó Doya.

—Bien, ¿cuál es el asunto que va a enriquecer fabulosamente a unas cuantas personas?

Doya lo dijo. Villar lanzó una exclamación:

—¡Rayos, eso es increíble!

—Pero no por ello menos cierto —confirmó Doya.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Flora.

—Rodr-Lon es un buen amigo de mi padre y uno de los consejeros opuestos a Kor-Buran. El me ha dicho todo y quien me ha aconsejado que viniera a veros. Tu madrastra nos sirvió de enlace en la Tierra, pero ahora no se ha atrevido a venir, temerosa de que la asesinen.

—Después de lo que he oído, no me extrañaría nada —dijo la muchacha—. Bien, ¿cuál es el plan para evitar que esos forajidos lleven a cabo sus proyectos?

—Forli está en Warnlia. No hay otra solución que...

Cope levantó una mano.

—Si alguien ha contado conmigo como un asesino, puede olvidarse de mí en el acto —dijo.

—No he hablado de asesinato. Sólo quería decir que es preciso quitarle de en medio.

—¿Se te ocurre alguna idea?

—Sí, meterlo en una nave y devolverlo a su planeta. Pero antes tendríamos que conseguir alguna conversación suya grabada, de las que ha sostenido con Kor-Buran.

—Ese no me parece un buen procedimiento —objetó Cope—. Forli volverá a las andadas, apenas llegue a la Tierra. Es preciso ponerle fuera de combate definitivamente.

—Lo siento, pero yo no veo la solución —dijo Villar—. Y no se vayan a creer que no tengo ganas de ajustar cuentas con él, pero el asesinato no me parece un método decente. Aparte de que, fríamente, todo terminaría para Forli en unos instantes y es un tipo que se merece padecer todo lo qué reste de vida.

—¿En una cárcel? —sugirió Doya.

—No, simplemente rabiando de pensar en lo que podía haber tenido y no tendrá; furioso por ser un don nadie, cuando estuvo a punto de tenerlo todo. Los tipos como Forli se merecen un castigo semejante.

De pronto, Flora exclamó:

—Quizá yo tenga la solución.

Tres pares de ojos se volvieron hacia ella en el acto,

—Habla —invitó Cope.

Ella sonreía maliciosamente.

—Doya, ¿conoces el alojamiento de Forli? —preguntó.

—Claro, se hospeda en casa del propio Kor-Buran.

—Bien, eso es todo lo que necesito.

—Pero, bueno, ¿cuál es tu plan? —inquirió Cope, muerto de curiosidad.

—Lo sabrás cuando todo haya terminado —contestó Flora evasivamente.

—Está bien, que tengas suerte —dijo el joven, socarrón.

Flora no hizo caso de la ironía que encerraban aquellas palabras y se volvió hacia Doya.

—Creo que es hora de ir a Warnlia —dijo.

CAPÍTULO XIII

Los primeros edificios de Warnlia se hicieron visibles a lo lejos, recortándose contra el fondo violeta del crepúsculo. Cope opinó que debían aguardar a que se hiciera de noche para entrar en la capital y así pasar mejor desapercibidos.

Doya, que conducía detuvo el automóvil. La conversación versó entonces sobre ciertos aspectos del plan tramado por Forli, en connivencia con Kor-Buran.

—Sería un monopolio y les convertía en seres casi todopoderosos —dijo Cope.

—Si no lo evitamos, eso es lo que sucederá —convino Flora.

—Pero hay algo que no entiendo ni he entendido nunca —dijo Villar—. Forli fue procesado por intento de asesinato. ¿Cómo intentó asesinar a aquel tipo personalmente, en lugar de encomendarlo a sus esbirros?

—A veces, hasta el más sensato pierde la cabeza. Sobre todo, cuando los celos intervienen en el asunto.

—Ah, celos —dijo Flora.

—Sí, Forli tenía una amiguita, pero ella le engañaba con un tipo y él lo averiguó. Entonces quiso darse el gusto de ajustar cuentas en persona, pero la pareja olfateó el peligro y pusieron pies en polvorosa, escapando de Forli por segundos. El hombre resultó herido, aunque de escasa gravedad, y no quiso presentar una denuncia, por temor a las represalias posteriores de Forli.

—Y tú, que podías haberlo encarcelado para una temporada, lo dejaste escapar…

—No me lo recuerdes —dijo Cope, avergonzado—. Pero Forli sabía que yo andaba tras él y por eso ordenó que manipulasen en Bill, sobre todo, después de que éste hubo tomado mí puesto en el tribunal.

La noche caía con rapidez.

—Doya, acércate a la ciudad un par de kilómetros —solicitó Flora.

El automóvil se puso nuevamente en marcha. Minutos más tarde, Flora saltó al suelo.

—Nos veremos dentro de dos días en el Interstar —dijo. Y, sin más, echó a andar y se perdió en la oscuridad.

—Yo volveré a mi casa —anunció Doya—. Si quieren acompañarme…

—Ramón puede ir con usted. Yo me quedaré en el Interstar —contestó Cope.

Doya le facilitó algo de dinero. Diez minutos más tarde y junto a las primeras casas de la capital, Cope saltó del automóvil y se dirigió en busca de su alojamiento.

* * *

Warndrun era un hermoso mundo, aunque no para vivir en la capital, compuesta por edificios muy irregulares, de colores más bien oscuros y de construcción bastante primitiva. Pero a pesar de que el aspecto de la ciudad resultaba deprimente, sus habitantes, en general, vestían con un lujo que, en ocasiones, resultaba incluso risible.

No obstante, Cope sabía que no se podía tomar a risa a los warndrunitas. Podía decirse que su única debilidad eran los vestidos de vivos colores; la tónica común era de cortesía, amabilidad y honradez.

—No hay mucha ambición, lo cual es bueno —murmuró, mientras contemplaba el movimiento de una de las principales avenidas de la ciudad, desde la ventana de su alojamiento en el mejor hotel de Warnlia; el Interstar.

De Ramón y Doya no había vuelto a tener noticias. Flora le había llamado una vez, aunque sólo para preguntarle si estaban bien alojado. La chica no había querido dar más detalles de sí misma, cortando la comunicación a los pocos momentos de iniciada.

Cope se consumía en la inactividad. Los planes de Forli eran harto ambiciosos. Si los llevaba a cabo, se convertiría en un hombre poderosísimo. Ni siquiera el secretario Gladsen podría compararse con él. Claro que Gladsen había sido sólo un colaborador de Forli en el escándalo de las detenciones ilegales, y aunque Knutson había resultado ser también un *Lab-man*, a Forli podía importarle ya muy poco, puesto que, por mediación precisamente de Gladsen, había conseguido entrar en contacto con Kor-Buran, que era mucho más interesante.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo Cope.

La puerta se abrió. En Warndrun, los únicos que, al menos durante su servicio, no llevaban ropas de tejido tornasol, eran los policías.

Cope se puso rígido al ver que los dos individuos que había en la puerta vestían de azul oscuro, casi negro.

—¿Es usted Kenneth Cope, de la Tierra? —preguntó uno de ellos.

—Sí.

—Lo siento, señor Cope. Se le acusa de entrada ilegal en el planeta.

—Puedo prestar la fianza...

—Lo hará ante el juez del Segundo Distrito, si lo estima conveniente. Tenga la bondad de acompañarnos, señor Cope.

El joven no intentó resistir siquiera.

—Muy bien, cuando gusten, caballeros —dijo.

Avanzó hacia la puerta. Uno de los policías sacó unas esposas electromagnéticas.

Cope retrocedió un paso.

—La entrada ilegal en Warndrun puede ser un delito, pero no es

un crimen —objetó.

El otro policía sacó una pistola.

—Por favor, le ruego no se resista —dijo secamente.

Cope se resignó. No podía hacer nada para evitar ser amanillado.

«Y decía que lo tenía todo planeado —pensó, refiriéndose con amargura a Flora—. AI menos, podía haber preparado los pasaportes...»

Con las manos juntas, echó a andar entre los dos esbirros, quienes lo sacaron del hotel por la puerta trasera, a fin de evitar el escándalo que inevitablemente se hubiera producido. Fuera había un aeromóvil parado.

Cope vio el artefacto y arrugó el ceño. Las distancias en Warnlia no eran demasiado grandes. El uso del aeromóvil no estaba justificado y menos uno con factura evidentemente terrestre.

Una horrible sospecha invadió su ánimo en el acto. Pero los dos policías le empujaban ya hacia el aparato. Cope lamentó haberse rendido tan pronto.

—Un momento —dijo.

Los policías se volvieron hacia él.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo —se quejó uno.

—De acuerdo, pero aunque yo admita los motivos legales de mi detención, tengo también ciertos derechos que no pueden serme arrebatados a capricho.

—¿A qué derechos se refiere?

—Ustedes llevan uniforme de policía, pero, ¿lo son? Exijo ver su documentación; la ley me asiste y ustedes no pueden negarme...

De repente, uno de los policías, sin más palabras, le golpeó en la frente con el cañón de su pistola. Cope sintió un vivísimo dolor en la cabeza y empezó a caer.

Los esbirros le sujetaron por los brazos, llevándolo a rastras hacia el aeromóvil, en el que entraron los tres, segundos más tarde. El aparato se elevó casi en el acto, tras una arrancada fulgurante.

En pocos minutos, el aeromóvil salió de los límites de la ciudad. Cope, aturdido y mareado, se daba vagamente cuenta de lo que le sucedía, aunque había quedado débil, que no podía moverse apenas.

Media hora más tarde, el aeromóvil se estabilizó en la atmósfera, a unos cuatro mil metros del suelo. Cope había recobrado el conocimiento casi por completo.

Delante de él, uno de los policías se agarró su propia nariz y tiró de ella. El sonriente rostro de Ligh Moore apareció debajo de la máscara.

Dilaro se quitó la suya.

—Parece que esta vez ha picado, Cope —dijo, satisfecho.

El joven se encogió de hombros.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

Moore lo agarró por un brazo y lo llevó hasta la escotilla.

—Abajo hay un lago de casi mil metros de profundidad —indicó.

Dilaro abrió la escotilla. Moore levantó el pie derecho y arreó al joven una fenomenal patada, lanzándolo al vacío desde más de cuatro mil metros de altura.

—¡Adiós, idiota! —gritó el esbirro, a la vez que soltaba una atronadora carcajada.

Pero su risa se trocó en un gesto de terror, cuando vio una chispa de fuego que se dirigía rectamente hacia el aeromóvil.

—Arranca, arranca, Jack —chilló.

Era ya tarde. El proyectil penetró en el interior del aeromóvil a través de la escotilla abierta, chocó contra un mamparo del lado opuesto y estalló con atronador estampido.

Lo último que vieron los dos forajidos fue la enorme llamarada que invadió por completo el interior de la nave. Pero el fuego que los abrasó instantáneamente les impidió escuchar el ruido de la explosión.

* * *

Flora llegaba al hotel cuando vio a Cope salir con dos hombres vestidos de azul oscuro. El instinto le dijo que aquellos sujetos habían tendido a Cope una encerrona.

Había empleado su aeromóvil para viajar y, cuando vio que se elevaba el de los supuestos policías, lo siguió a prudente distancia, esforzándose en todo momento por no ser vista. Treinta minutos más tarde, vio que el aeromóvil de los policías se detenía inmóvil en lo alto de la atmósfera.

Segundos después, vio que un cuerpo era lanzado al espacio. Un grito de rabia brotó de sus labios.

Fue una reacción instintiva, de pura rabia. Alargó la mano y golpeó la tecla de lanzamiento de torpedos.

Un proyectil de diez centímetros de diámetro fue disparado inmediatamente a velocidad supersónica. El mortífero artefacto se orientó por un radar minúsculo que llevaba en el morro, dirigiéndose irremisiblemente hacia su blanco.

La distancia entre las dos naves era escasamente de mil metros. El pequeño torpedo alcanzó su objetivo y el aeromóvil atacado voló en mil pedazos, tras una estruendosa explosión.

Pero Flora no presenció la destrucción del aparato enemigo. Sentada ante los mandos del suyo, se lanzó en un picado vertical hacia abajo, a toda velocidad.

Cope caía vertiginosamente. Tenía que ser más rápida que él si quería salvarlo.

El viento silbó agudamente al ser hendido por el aparato. Flora descendió casi tres mil metros antes de situarse al nivel de Cope.

Durante un segundo, el aeromóvil y Cope descendieron a la misma velocidad. Cope se hallaba perfectamente consciente y sabía que su final se hallaba a escasos segundos, cuando, de pronto, como surgido de la nada, vio un aeromóvil a treinta metros de distancia.

Flora maniobró con singular habilidad, ahora descendiendo de costado. Sólo podía hacer una cosa y la ejecutó con rara perfección, situándose inmediatamente debajo del joven.

Los brazos de Cope se hicieron visibles a través de los cristales de la cúpula. Entonces, Flora redujo la velocidad de descenso.

Cope quedó sobre el techo del aparato. Flora lanzó un rápido

vistazo al altímetro: la distancia a la superficie del lago era ya de doscientos metros escasos.

Frenó, aunque gradualmente. Una detención súbita podía provocar la muerte de Cope por aplastamiento, al no hallarse protegido en el exterior. El joven, por su parte, se sintió lanzado contra el techo, impulsado por el momento de inercia. La sangre se agolpó en sus ojos y, durante unos segundos, lo vio todo negro.

De pronto, notó cierto balanceo.

Hizo un esfuerzo y miró a su alrededor. El aeromóvil flotaba mansamente sobre las aguas del lago.

—¿Estoy soñando? —se preguntó.

Una escotilla se abrió en la parte alta. La cabeza y el busto de Flora asomaron por la abertura.

—Hola —dijo la chica alegremente.

CAPÍTULO XIV

Cope se sentó en la convexa superficie exterior del aeromóvil. Miró a la joven y sonrió,

—Si los ángeles se modernizan y usan aeromóviles en lugar de alas, no cabe duda de que eres un ángel —dijo.

—Los ángeles no tienen sexo; son espíritus invisibles —rió ella —. ¿Cómo te encuentras?

—Maravillado. Con sinceridad, me había despedido ya de este mundo.

—¿Quién te arrojó del aparato?

—Moore. El y su compinche Dilaro se pusieron máscaras y uniformes policíacos y, bajo engaño, me sacaron del hotel. Empecé a sospechar algo cuando vi un aparato volador, en lugar de un automóvil corriente, pero entonces me pegaron un golpe en la cabeza y me dejaron casi sin sentido.

—Sí, se te ve una pequeña brecha. Has sangrado, pero la sangre está ya seca.

—Flora, no sé si algún día irás a buscarme en donde esté, pero, en todo caso, jamás llegarás tan1 oportunamente como hoy. ¿Puedo preguntarte si ocurre algo de particular?

—En efecto, Ken. Ha llegado ya el momento de pasar a la acción.

—¡Estupendo! Y, ¿qué es lo que hemos de hacer?

Flora sonrió.

—¿Crees que debemos seguir aquí? —preguntó.

—Yo no me encuentro tan mal. Hace un tiempo estupendo, el paisaje es maravilloso… El único inconveniente es que tengo las manos atadas. Las esposas son electromagnéticas y el interruptor de apertura se fue al diablo con el que lo tenía.

—Yo solucionaré ese problema. Aguarda un momento.

Flora entró en la nave y salió a poco con dos destornilladores, ambos provistos de mango aislante. Situándolos paralelamente, los acercó al espacio que había entre las muñecas del joven, unos veinte centímetros, de modo que uno de ellos quedase en la parte superior.

Hubo un vivo chispazo. Cope sintió una fuerte sacudida, pero eso fue todo.

—Diría que has provocado un cortocircuito —sonrió.

—Exactamente —corroboró la muchacha—. En otro momento te quitaré las argollas; ahora, aunque estés un poco molesto, podrá moverte con más facilidad. Vamos adentro; te curaré la herida.

Cope siguió a Flora. Ella lavó la herida y la tapó luego con una tira de celulina regenerativa. Al terminar, se sentó ante los mandos.

—Una pregunta, Flora —dijo él de pronto.

—¡Sí, Ken!

—¿Siempre que usas un aeromóvil, lo llevas armado con torpedos?

—Tal como están las cosas, no llevarlo armado sería más que imprudente; sería tonto, Ken.

—Sí, tienes razón. —Cope suspiró, a la vez que se repantigaba en el sillón contiguo al ocupado por Flora—. Bien, empieza a darme instrucciones.

—Ah, estás dispuesto a ayudarme.

—Si no estoy en Warndrun por ayudarte, ¿por qué otra cosa estoy?

Flora sonrió suavemente.

Luego dijo:

—El Consejo Rector se reúne mañana y debatirá sobre la conveniencia o no de autorizar la .inmigración de todos los *Lab-men* que lo deseen.

* * *

Kor-Buran se despidió de su huésped.

—No tengas cuidado —dijo—. Se aprobará mi proposición.

—Eso espero —contestó Forli—. Piensa, sobre todo, en los inmensos beneficios que recibirás.

Kor-Buran sonrió.

—Y tú, luego, graciosamente y ansiando apechugar con los sacrificios que impone el cargo, aceptarás el de Gran Gobernador, rendidamente agradecido a mi benevolencia.

—Exactamente. Así tú podrás dedicarte a tu afición favorita: la agricultura.

Los dos hombres rieron estruendosamente.

—Pero antes me iré una buena temporada a tu planeta, Guido —dijo Kor-Buran—. Necesitaré distraerme y…

—En la Tierra hay distracciones de sobra, para todos los gustos y bolsillos. El tuyo, ni que decir tiene, estará repleto.

—De acuerdo. —Kor-Buran señaló la pantalla situada en uno de los muros de la estancia—: La sesión dará comienzo dentro de treinta minutos. No pierdas un solo detalle de lo que allí se va a tratar.

Forli, algo anticuado, sacó un grueso cigarro y se lo puso entre los dientes.

—Lo veré y lo oiré todo —dijo, satisfecho.

Aunque en su fuero interno se sentía un tanto aprensivo, porque no tenía noticias de Moore ni de Dilaro, a quienes, de acuerdo con Kor-Buran, había enviado a arrestar a Cope.

Aunque quizá Cope, al resistirse, había causado la muerte de sus

dos esbirros. Era una perspectiva que no le disgustaba en absoluto: Moore y Dilaro podían resultar incómodos más adelante.

El otro «ayudante», Dan Neal, permanecía silencioso en la estancia. Tenía un parche en un lado de la cara, recuerdo de la caída con el aeromóvil en la selva gigante, caída de la que se había salvado de milagro. Pero era hombre en quien se podía confiar, quizá más que los otros dos.

El cigarro tiraba satisfactoriamente. Forli se arrellanó en el sillón, frente a la pantalla.

—Enciende, Dan —ordenó.

Mientras, Kor-Buran había salido de la casa. Su aeromóvil esperaba en la puerta, con el conductor al lado, manteniendo respetuosamente abierta la escotilla de acceso al vehículo.

—Ya sabes adonde, Mal-Id —dijo.

—Sí, señor —contestó el conductor, con rostro impasible.

Kor-Buran ocupó su puesto. El conductor se sentó delante y maniobró en los controles. Sobre su cabeza, un espejo retrovisor empezó a emitir una serie de diminutos chispazos dorados, que incidían directamente en las pupilas del pasajero. Kor-Buran no dio importancia alguna al hecho y contempló el paisaje con perfecta calma.

* * *

La sala del Consejo apareció en la pantalla.

Forli sonrió satisfecho. Largos años de esfuerzos iban a tener, al fin, su triunfal culminación en lo que calificaba de histórica sesión del Consejo Rector de Warndrun.

Sus relaciones con Gladsen y Knutson habían sido como una especie de preparación del terreno para llegar hasta el punto en que se hallaba. Claro que Gladsen, a su debido tiempo, exigiría una compensación, aunque esto era algo que se discutiría más adelante. Por el momento, el Secretario de Asuntos Extraterrestres tenía bastante trabajo con el problema de solucionar el escándalo político en que se había visto implicado y que tanto podía perjudicar sus

aspiraciones.

Ahora, lo importante era la reunión del Consejo Rector de Warndrun. Entre los consejeros figuraban un tal Kor-Zlann, acérrimo enemigo político de Kor-Buran, que podía arrastrar muchos votos negativos en contra de la propuesta que se iba a formular. No obstante,

Forli confiaba en las dosis persuasivas de Kor-Buran para sacar adelante el proyecto.

La pantalla estaba en funcionamiento. Un secretario pronunció las frases de ritual de todo prólogo en cada reunión del consejo. Luego, el presidente accidental anunció que Kor-Buran tenía una importante proposición que formular a la Asamblea y que se le concedía la palabra.

Kor-Buran se puso en pie y agradeció los corteses aplausos que se le dirigieron. Luego dijo:

—Mi proposición, estrictamente hablando, es doble. O bien podríamos decir que se trata de dos proposiciones. La primera es que sugiero una votación para el nombramiento de un nuevo presidente.

Forli contuvo el aliento. A su lado, Neal se mostraba indiferente; no iba a ganar mucho más con aquellas trapacerías políticas y, si se descuidaba, acabaría como Moore y Dilaro.

—El nuevo presidente que nos debe dirigir con sus sabias recomendaciones y su vasta experiencia en los asuntos de Estado, es Kor-Zlann. Amigos, votemos todos por Kor-Zlann.

Forli abrió la boca estúpidamente. Pero, ¿se había vuelto loco aquel idiota de Kor-Buran?

Los consejeros aplaudían la propuesta casi unánimemente. Forli adivinó que el resultado sólo podía ser uno.

Cuando se hizo el silencio en la sala del consejo, Kor-Buran continuó:

—Mi segunda propuesta es: libertad absoluta de inmigración de los seres llamados *Lab-men* en la Tierra, de cuyas cualidades excepcionales de inteligencia, honradez y laboriosidad tantos beneficios puede recibir este planeta, sin exigirles ningún derecho ni pago alguno monetario por el permiso de inmigración y residencia. Por tanto, encomiendo al que ya es nuestro honorable presidente, Kor-Zlann, solicite votación de todos los presentes para la solución de

problema de tanto interés para el futuro de Warndrun. Eso es todo, amigos míos.

Forli contó las manos levantadas, como signo de que aprobaban la propuesta de Kor-Buran. De los veinticinco miembros del Consejo, veintiuno estaban a favor de la inmigración de los *Lab-men.*

—Me ha traicionado —rugió—. En cuanto le vea...

De pronto, se puso en pie.

—Dan, vamos a casa de ese maldito traidor. Esperaremos allí su regreso. Ha hecho fracasar los planes, ignoro por qué, pero cuenta que le haré pagar bien cara esta jugada.

Sin embargo, en su interior, sentía que no iba a conseguir nada, ni aunque pegase dos tiros a Kor-Buran. Todos los esfuerzos realizados durante años anteriores, eran ya menos que humo.

* * *

Kor-Buran entró en la casa, seguido de su conductor, Mal-Id. Vio a Forli y a su esbirro y se detuvo en el acto.

—¿Qué tal, Forli?

—Voy a matarte, Kor-Buran —anunció el mencionado.

—Con lo cual, no conseguirá nada —dijo Mal-Id.

Forli respingó. Aquella voz...

Mal-Id se arrancó la máscara que cubría sus verdaderas facciones.

—¡Cope! —rugió Forli.

—Yo mismo —sonrió el joven—. Nos hemos perseguido mutuamente durante bastante tiempo, pero creo que ha llegado ya el momento de acabar con nuestras diferencias.

—Sí, sobre todo, porque usted va a morir, lo mismo que ese traidor...

—¿Traidor, a quién? ¿A usted? Pero no a su planeta ni a los suyos, Guido, téngalo bien presente. Claro que pensaba serlo, pero,

¿no observa usted su expresión ausente?

—¡Está hipnotizado! —bramó Forli.

—Sí, aunque no ha dicho nada que no debiera decir, como buen ciudadano de este planeta. Y cuando se recobre, tendrá que aprobar todas sus palabras pronunciadas en el consejo de hoy. Además, y muy probablemente, dimitirá para retirarse a la vida privada. El presidente Kor-Zlann, por supuesto, aceptará esa dimisión y elegirá otro consejero.

—Está usted muy bien enterado de la política interior de Warndrun, Cope.

—Algunos amigos me han facilitado informes de lo que pasa aquí, pero también de lo que usted y Kor-Buran pretendían. El puesto de presidente, desde luego, no será para usted, porque, naturalmente, Kor-Zlann no va a dimitir en favor de un prevaricador sin escrúpulos, como usted.

Forli respiró con fuerza y se irguió.

—Es probable que yo esté en la ruina, pero usted está todavía en peores condiciones, porque dentro de unos instantes será un cadáver —amenazó.

—Guido, ¿me cree tan tonto como para no haber tomado precauciones? —sonrió Cope—. Lo que hemos hecho ha sido con anuencia de Kor-Zlann y está enterado de todo. Incluso de los planes de la inmigración de *Lab-men* a Warndrun.

—Cuando hubiera sido presidente, habría permitido la inmigración libre de todo el que lo hubiera deseado —declaró Forli orgullosamente. ,

—Sí, pero, ¿en qué condiciones? Primeramente, cada *Lab-man* hubiera tenido que pagar una suma muy importante por el permiso de inmigración. Y, en segundo lugar, habría debido firmar un documento por el que se comprometía a trabajar durante cinco años, en condiciones onerosísimas, para el gobierno de Warndrun. Son millones los *Lab-men* encerrados en campos de concentración y hubieran cambiado con gusto su situación actual, de condena perpetua, por otra de sólo cinco años, en régimen de una libertad casi absoluta.

»Pero todavía hay más —siguió Cope, implacable—. Resulta lógico que muchos *Lab-men* carezcan del dinero necesario para pagar el permiso de inmigración, permiso que no iba a ser barato,

precisamente, y cuyo importe habría ido a parar a sus bolsillos. A quienes se encontrasen en condiciones digamos de inferioridad económica, el gobierno de la Tierra les habría pagado con mucho gusto el importe de ese permiso de inmigración : a fin de cuentas, le salía más barato que mantenerlos inactivos durante toda la vida.

»Un plan muy bonito, muy suculento, elaborado durante años, con la ayuda de sus compinches Gladsen y Knutson, quienes, además, se deshacían de sus enemigos políticos, acusándolos de *Lab-men.* Durante años, usted y sus amigos moldearon la opinión pública, colocándola en contra de los que hemos nacido en un laboratorio. La gran mayoría de los terrestres hubiera visto con placer nuestra partida hacia Warndrun. Con el tiempo, se sabrá la verdad, pero el daño hecho tardará también mucho tiempo en borrarse de las mentes terrestres.

—No hay pruebas…

Flora y Doya surgieron de repente. La segunda llevaba una gruesa carpeta en las manos.

—Aquí hay pruebas más que suficientes —dijo Doya—. Incluso tenemos los planos de las fábricas y factorías de todo tipo que pensaban montar para que millones de esclavos trabajasen para usted. Ciertamente, son unos planos muy bien hechos, pero quienes trabajen en esas factorías lo harán como seres libres y según sus deseos y aptitudes, y no de acuerdo con las órdenes de un déspota y su cohorte de esbirros.

Forli aparecía anonadado.

—¿Por qué, por qué me han hecho esto? —gimió.

—¿Por qué lo hacía usted? —habló Doya, no menos inflexible que Cope—. Había, desde luego, una razón económica, muy poderosa; pero también existía otra, oculta a todo el mundo en el mayor de los secretos. Usted, el máximo racista, el perseguidor de los *Lab-men,* es también un ser nacido en un laboratorio; y cuanto más hostil se mostrase hacia sus congéneres, más le aplaudirían y menos riesgos correría de que se descubriese su verdadero secreto. Además, persiguiéndolos, se sentía secretamente superior a ellos y gozaba humillándolos y ultrajándolos. ¿No es así, Guido Forli?

Hubo un momento de silencio. De súbito, Forli reaccionó.

La desesperación invadía su ánimo por completo. Estaba ciego de ira. Delante de sus ojos había un velo rojo.

Levantó la mano armada. Pero Villar, surgiendo inesperadamente, fue más rápido que él y su disparo lo convirtió en humo.

Neal levantó las manos.

—No tiren, yo me rindo —dijo con presteza.

Kor-Buran empezaba a reaccionar.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con voz torpe.

—No se preocupe, ya lo sabrá —contestó Cope—. Usted, Neal, si quiere salir con bien, tendrá que declarar todo lo que ha visto y oído en esta habitación.

—Sí, señor —respondió el esbirro mansamente.

* * *

Cope se llevó de paseo a Flora.

—¿Cuáles son tus propósitos? —preguntó.

—Aún no conozco los tuyos, Ken —alegó ella.

—Hubo un tiempo en que dijiste odiar a todos los warndrunitas. ¿Sigues pensando así todavía?

Flora suspiró.

—¿Por qué culpar a todos de lo que sólo unos cuantos hicieron? —contestó—. El también quería hacer algo de lo que ya hemos conseguido...

—Warndrun es un mundo maravilloso, tanto o más que la Tierra, y mucho menos poblado. Tiene un futuro espléndido, a condición de arrimar el hombro, claro.

—Entonces, ¿piensas quedarte aquí?

—El resquemor hacia los que hemos nacido en un laboratorio durará todavía muchos años —contestó Cope.

—Para mí, son seres humanos idénticos a los nacidos de un modo natural. Nunca he establecido diferencias entre unos y otros.

—Me gusta tu modo de pensar, Flora. ¿Volverás a la Tierra?

Ella hizo un gesto negativo.

—Aquí hay mucho que hacer, lo has dicho antes —manifestó—. Y yo creo que, modestamente, puedo colaborar en el futuro de Warndrun.

—Podemos trabajar juntos…

Flora se detuvo de pronto y le miró sonriendo.

—Ken Cope, ¿por qué no me pides ya que me case contigo? —exclamó—. Estás deseando hacerlo y no te atreves… y eso que sabes que la respuesta será afirmativa.

Cope sonrió y la estrechó entre sus brazos.

—Puesto que tú lo has dicho todo, yo sólo tengo una cosa que añadir —dijo. Y buscó sus labios y Flora se los ofreció sin el menor reparo.

F I N